

IZQUIERDA

Colaboran en este

número:

Gabriela Mistral
Julio R. Barcos
Juan Lazarte
Leonidas Barletta
Guillermo Facio Hebequer
Abel Rodríguez
Lauro Viana
Ronald Chaves
Rolando Martel
Luis Di Filippo
Giordano Bruno Tasca
Elias Castelnuovo

Ilustran:

Abraham Vigo
R. Sellabnauj
F. D. de León



IZQUIERDA

APARECE EL TERCER JUEVES DE CADA MES

DIRECCION

Elías Castelnuovo



REDACCION

Julio R. Barcos

Juan Lazarte

José Torralvo

Luís Di Filippo



DIBUJANTES

Abraham Vigo

Guillermo Facio Hébequer



CORRESPONDENCIA

HUMAHUACA 3792

IZQUIERDA invita a todos los escritores libres de América
a colaborar en sus columnas.



IZQUIERDA

PUBLICACION MENSUAL

Año I

Buenos Aires, Noviembre 23 de 1927

Núm. I

HOMBRES DE 1927

Nunca ha sido la Historia tan objetiva como en nuestra época. Son los hechos los que ahora apagan la voz de los teóricos. Es la **práctica de la Historia** la que pone, en este primer cuarto de siglo, sobre la piedra de toque los valores positivos de las teorías.

Spengler tiene razón. Asistimos al ocaso de la civilización occidental. En otras palabras: a la defunción de un mundo viejo con toda su armazón institucional y todas sus catedrales ideológicas.

Pero también tenemos razón los visionarios del nuevo mundo que nace, no ya porque lo estemos viendo nacer, sino porque lo sabemos plástico y porque lo estamos plasmando con nuestras manos y nuestros corazones todos los que hemos tomado partido por el porvenir.

El mundo entero, como si actuase una ley cósmica o lo moviese alguna extraordinaria fuerza astral, está en plena revolución. Es, pues, lógico y natural que presenciemos esta crisis de contornos dramáticos en que toman parte todas las conciencias: las que se afanan por apuntalar el viejo edificio de las culturas tradicionales que mueren, y las que se disponen a paratear el mundo de un nuevo orden social que nace.

Pero los ejércitos están desorientados y eso retarda la victoria definitiva de la **Justicia** sobre la tierra.

Los reaccionarios, dominados por el paroxismo del miedo, se convierten en héroes. Como los gatos cercados por el fuego, se precipitan en las llamas e implantan el fascismo. Luego, ebrios de egolatría, se creen "providenciales". Arrasan con las precarias libertades que había creado el liberalismo burgués, y agarrotan por el terror la lengua y el cerebro del "ciudadano", trocando la ciudadanía en pretorianismo. Y los que nos titulábamos revolucionarios, a nuestra vez, nos maneamos y nos engrillamos como los teólogos de todos los tiempos, con doctrinarismos y teorías que, si bien dejan la lengua suelta para despoticar, excomulgar y discutir hasta lo infinito, nos paralizan casi totalmente para la acción.

Pero ha terminado el período de la dialéctica junto con el de las grandes proclamas, y se ha inaugurado el de la acción.

Los hombres débiles de palabras fuertes han sido desplazados del timón de la nave social por los "conductores" de mano enérgica.

Ello es una muestra de que en este mundo son mucho más las cosas que restan por hacer que las que quedan por aprender.

Lección inapreciable de realismo histórico para quienes han clavado su conciencia en la cruz de una idea fija.

Preciso es convenir en que las revoluciones no se hacen por receta. Y que nadie tiene, por tanto, la panacea universal en el bolsillo. Que todos los credos cristalizados en dogmas, aun los "avanzados", son cosas muertas que se van también (mal que pese a sus fieles) junto con los demás residuos de las culturas tradicionales que están en su ocaso.

II

Miremos en derredor nuestro. El material humano con que nos toca trabajar a nosotros es el que nos ofrece el pueblo argentino, y no el inglés, el chino, el francés o el ruso.

Bien está que nuestro espíritu sea universalista porque cosmopolita es nuestra población y universales son los elementos de nuestra cultura. Pero nuestros problemas sociales, los problemas tangibles, concretos, inmediatos de nuestra vida nacional reclaman tipos de versación técnica (economistas, agraristas, industrialistas, educacionistas, etc., etc.) que sepan plantearlos y resolverlos, aquí entre nosotros, en esta hora y en este lugar.

Ni nuestros hombres de gobierno tienen esa idoneidad para asumir la dirección de los negocios públicos, ni tampoco los opositores del campo apolítico revolucionario.

Del mismo modo que no tenemos políticos ni estadistas, sino politiqueros y dilantantes al frente del Estado, tampoco tenemos sociólogos, tipos de investigadores con cierta información técnica entre los dirigentes del proletariado. Y tan improvisadores resultan al final de cuentas los que desgobernaban la nación como los que critican y censuran la ineptitud de nuestros mandatarios.

¿Qué hacer?

III

No hay, en mi concepto, sino un medio de orientar nuestra inteligencia en el maremágnum de las actividades sociales: trabajar; lanzarse a la acción; tomar partido por cuanto noble esfuerzo de bien público nos solicite, sin pusilaninidades morales ni puritanismos de secta.

No hay escuela más educativa para el hombre que la acción social. Es del comercio intelectual directo con nuestros semejantes (mucho más que de los libros) de donde recibe nuestra inteligencia su savia nutricia junto con la luz de las ideas creadoras. La letra de imprenta agranda el mundo de la imaginación pero falsea el de la realidad. Sólo el trato directo con los individuos nos enseña a distinguir al hombre del hombre. Esto es, a rectificar la opinión favorable o adversa que a la distancia nos habíamos formado de ellos.

Y bien: en este país, que es el escenario en que nos toca desempeñar nuestro rol de "animal político", abunda la gente inteligente, pensadora y culta que no toma participación dinámica en las actividades de la vida civil. Son indiferentes (sin ser retrógrados) respecto de las cuestiones sociales y por mal fundados motivos de ética personal, ateos en política.

Pero si la gente honrada se queda en su casa —decía el genial Sarmiento—, los pícaros se van derecho a la Casa Rosada.

Y a esta abdicación del carácter cívico entre los "moralistas" que no reparan en lo paradójico de su conducta, puesto que la tolerancia del mal es la forma pasiva de la inmoralidad, se debe que este país, lleno de hombres inteligentes, capaces e idealistas, esté gobernado por hombres pretéritos de mentalidad espesa que nunca supieron conciliar sus efímeros y subalternos intereses de clase con los permanentes intereses generales de la nación.

El divorcio moral e intelectual entre el pueblo argentino y sus mandarines, nunca fué tan absoluto como en esta hora de profundo descrédito para los políticos profesionales de todos los sectores.

Es un hundimiento semejante al del "Mafalda" el que estamos presenciando en la vieja política utilitaria que toca a su fin en la patria del agrarista Rivadavia, del estadista Alberdi y del civilizador Sarmiento. Los par-

tidos se hacen añicos y zozobran todas las reputaciones. Se liquidan definitivamente los caudillos. Desaparecen de la escena las figuras próceras para dar paso a personajes secundarios destituidos de personalidad que no alumbran ni calientan el alma colectiva porque nada tiene que transmitirle. Y, para colmo de males, frente a esta crisis de hombres en el campo político, donde a falta de ideales que vinculen se traman adúlteras alianzas electorales para hurtarle el poder al soberano, la clase trabajadora reproduce, a su vez, como un espejo la misma crisis moral y material de la clase gobernante.

Trabada en feroces contiendas intestinas, se reducen mutuamente a la impotencia. Y, lo que es peor, demuestra su incapacidad revolucionaria. ¿Cómo creer que van a organizar un día la paz del mundo quienes son incapaces de convivir en paz entre sí?

V

Y no obstante, la atmósfera que respiramos está sobresaturada de espíritu revolucionario. En arte, en educación y en política, en todo, se comprueba el retoñar incesante de ideas innovadoras. A cada paso que damos nos topamos con un sin fin de gentes mozas bien pertrechadas intelectualmente para las lides del pensamiento.

Para ellos escribiremos los que hemos resuelto editar esta publicación. No miraremos hacia atrás para ver la polvareda que levanta nuestra prédica.

Hombres de 1927 cerramos el libro de cuentas con el pasado, e iniciamos la nueva etapa de la acción libre por encima y por abajo de todos los ismos.

No pensamos malgastar fósforo y nervio en estériles disputas con quienes hicieron de la discusión un mal arte y un feo vicio.

Desamos comunicarnos, con entera franqueza, sin excomulgar a nadie porque proceda de esta o aquella capilla ideológica, con todos los hombres independientes que tengan gusto en acompañarnos en este ensayo de prensa libre, donde se pondrá calor y entusiasmo al servicio de las ideas, pero no dogmas en forma de dogmas a las conciencias.

Nuestra aspiración sería borrar las fosas de odios y prejuicios que separan entre sí a los trabajadores sociales que militan en distintas campos. Ni la decencia personal ni la estupidez tienen patria. Hay tonos y pícaros en el socialismo, en el comunismo y en el anarquismo, del mismo modo que hay personas respetables en todos los bandos.

Pero la mayor de las tonterías y picardías para los fines de la liberación humana es tomar beligerancia en estas agotadoras peleas de revolucionarios con revolucionarios.

El campo de la acción en aras del bien público es mucho más grande y fértil que el de la discusión, donde sólo se cultiva la cizaña del sectarismo.

Julio R. BARCOS.





ACOTACIONES

EL ARTE DE FUSILAR HA LLEGADO A SU PERFECCION MAXIMA

Las dos Américas, están demostrando, cada día, mayor interés por los fusilamientos y por las electrocuciones. Se ve que es un interés sincero, porque, a menudo, se ejecuta contra la opinión de todo el mundo. Últimamente, sopió por los dos continentes, una especie de pampero de ejecuciones públicas. La primer víctima que tronchó el vendaval fué Maleros, continuación, Sacco y Vanzetti. Luego, la veleta se inclinó hacia México. El día 4 fueron fusilados tres generales: Arnulfo Gómez, Vizcarra y Castaños. Esto ocurrió por la mañana. Por la tarde, fueron sorteados otros tres: Meza Pérez, Almeida y Palacios. Por la noche, hubo una lotería general. Se calcula que el número de los agraciados alcanzó a treinta...

De México, el huracán pasó a Bolivia. En la madrugada del cinco fué ejecutado en el Panóptico del Altiplano, (La Paz, etc), el condenado A. Jáuregui, apresado en 1926, y cuya ejecución aplazóse indefinidamente como en el caso de Sacco y Vanzetti.

A fuerza de fusilar, sin duda, se adquiere una pericia inquestionable, y es así como el arte dramático de pegar cuatro tiros, avanza a pasos agigantados. La técnica de los americanos, en esta asignatura es ya superior a la de los europeos. Y la realidad es exagerado, afirmar que de estos países llamados despectivamente "bárbaros", partirá el mejor día para el otro mundo, la fórmula de la renovación total en lo que se refiere al instrumental quirúrgico y a su aplicación práctica. El último descubrimiento del tío Sam, es la silla eléctrica — confirma nuestra suposición.

Confesemos que la silla eléctrica ha dejado atrás toda la producción preterita. Recién hemos podido comprobar que el doctor Guillotín era un retrógrado. Si echamos una ligera ojeada al pasado, además, la diferencia profunda que nos separa de todos los medios que utilizaron los hombres para "finiquitar" a los hombres, se hace más profunda todavía. Nos tropezamos con una serie de instrumentos y aparatos rudimentarios, como el garrote y la cachiporra, verdaderos cachivaches punivos,

propios de la infancia mental del género humano. Tomemos, por ejemplo, la horca. No se puede pedir mayor ingenuidad para poner fin a una cuestión tan importante como la supresión de un individuo, que plantar tres palos y ceñirle una cuerda con un nudito.

En Norte América, nación piadosa y emotiva, raza privilegiada y progresista, la horca, ha pasado a ocupar un lugar en los museos de antigüedades. Los americanos, cada vez que se recuerda semejante instrumento pasalista tienen la misma sonrisa piadosa que tienen los futuristas cuando hablan de Ricardo Rojas... Después de la horca, viene la hoguera. Si no viene después, debemos confesar, entonces, que ya existía antes. La hoguera significa un paso hacia el futuro, pero no conviene nada, especialmente aquel en cuyo honor se enciende. El fusilamiento es anterior a la guillotina y posterior a la invención de los fusiles... Pero, no fose, sin embargo, la eficacia que se le atribuyó al principio y ofrece los mismos inconvenientes de la horca. O por lo menos, se presta a las mismas objeciones lógicas. La cuerda de la horca no siempre cumple debidamente sus menesteres. A veces, marra; a veces, se rompe o no aprieta. Llena está la historia de los ahogados que bucharon avisadamente la cerradura del lazo. Otro tanto puede decirse del fusilamiento. A menudo se simula fallar el arma.

En el caso del señor Mario Caravadosi cada vez que se representa "Tosca": musiquita de Puccini, letrita de Sardon... O sucede algo peor: de los diez o veinte tiradores, tan sólo uno acierta y le pega al rojo vivo una patada en el trasero. El fusilamiento fué menester añadir un alto suplemento que se denomina "tiro de gracia". La guillotina, si bien produce una desnucación rápida y limpia, requiere, no obstante, el mismo cuidado que requiere una navaja de afeitar. Aparte de que exige un afilador en etna y como él que el contrario, le pasa al operador lo que le pasa a esos peluqueros "chambones" que ordinariamente afeitan en seco. Todos estos inconvenientes han sido subsanados por el genio de la América del Norte, a quien le cupo la fortuna de inventar el instrumento más perfecto que se conoce en la historia. "Del delito y de la pena": la silla eléctrica. Dos cosas le debemos a nuestros queridos hermanos de allá arriba: la invención de un asiento tan cómodo, que evita a todo delincente morir "de parado", y la perfección de la cría del cerdo...

NO SOLAMENTE HA PROGRESADO EL CONTENIDO. TAMBIEN HA PROGRESADO LA FORMA

Otro aspecto que antiguamente no se consultaba en las ejecuciones era, lo que podría llamarse, su representación escénica. Antes, no se le daba mayor importancia al espectáculo. Se levantaba el telón, caía una cuchilla y el verdugo hacia mutis por el foro llevándose la cabeza de un hombre en un canasto. Pero, desde que se inventó el periodismo, la máquina de retratar y los rollos de la cinematografía, el espectáculo ha pasado a ocupar un primer plano. Ha perdido, asimismo, ese aspecto sombrío y macabro que le prestaba la carencia de "atmósfera histórica" y la impericia de los "meteur en scène". Ahora, es en primer término: un espectáculo y en segundo término, un espectáculo hasta el punto de morir. En Bolivia se acude a una ejecución como aquí a una cancha de fútbol. Pesechemos, sino, la relación que hace un periodista para uno de los diarios más serios de esta metrópolis, sobre el fusilamiento de Jáuregui.

"La naturaleza — dice — presentaba un espectáculo aspecto. Columnas aluminas "ascentían por las laderas del Altiplano para presenciar el espectáculo".

La ejecución, aquí, en rigor, deja de ser ejecución, y se convierte en espectáculo. Sigamos la descripción. Acto primero. El encarcelado a la cárcel.

"El condenado estaba en el cuartel de "aviación. [Cuando entramos para entrevistarlos no saludó afectuosamente. Vestía "de negro, con guantes, y en la muñeca "devochía tenía ceñido un rosario. ("Caracterización: adecuada). En el momento de "entrar nosotros bebía una copa de whisky. ("Pausa). En este momento, (escena segunda) ingresaron a la celda varios pe "ridistas, dos sacerdotes, un jesuita y un "franciscano. Jáuregui me entregó una co "pia del discurso (lo mismo hubiera hecho "Juanro Giacoblino), que iba a leer antes de "la ejecución y repartió a todos fotogra "fías con autógrafos". (Manía literaria). Acto segundo. El condenado llega al patíbulo. Prosigue la descripción: "Los periodistas ocuparon los sitios más convenientes (primeras butacas) así como los fotó "grafos y los operadores cinematográficos".

Esto en el proscenio. En la barra: "El público protesta contra los falsos pe "ridistas que pretendían ingresar en el "cuadro".

El público tenía razón: ¡hay que dejar ver, también, a los del gallinero!

"El condenado sube al patíbulo y mani "fiesta que quiere hablar. (Concesión). Ut "lizando frases poéticas pues a decirnos "testigo de su inocencia y dijo que el pue "blo estaría satisfecho por la diversión que "se le proporcionaba". Intervención del fiscal. Entra el hermano del reo.

"Su hermano Juan, — prosigue el perio "dista — le gritó: ¡Ríe, hermano como "ríe el justo, seguro de su inocencia!". "El público, entonces, se estremeció ante "la inmensidad de la tragedia. La muerte "fué instantánea, sin que hubiera necesidad "del tiro de gracia".

Y como al final de una crónica teatral: "La ejecución causó honda impresión en "el público".

No en vano, ¡ejem!, no en vano llevamos sobre las espaldas toda la piedad de veinte siglos de cristianismo. Ni tampoco, en vano ¡ejem! el hombre se considera el animal más inteligente de todos los animales.

LA COSA HUELE MAL

Se halla, entre nosotros, un señor que se llama Atílio D. Barilari, el cual es ministro de Costa Rica, Salvador, Honduras, Nicaragua, Guatemala y Panamá, y ha llegado al país, según parece, "en uso de licencia". Dice el señor Barilari que Costa Rica es el país de América que cuenta con menos analfabetos, y como él viene de allá como nosotros no tenemos estadísticas para comprobarlo, no nos queda más remedio que creerlo y darlo por cierto. Extraña, sin embargo, que el señor Barilari halla solicitado y obtenido varias becas para estudiantes costarricenses en las escuelas rurales argentinas, pues, se supone que en un país que nos aventaja en analfabetos, debía, también, aventajarnos en los demás grados del desanalfabetismo. O sea, de la enseñanza. Lo más curioso del caso radica en que "los cultivos principales de Costa Rica difieren fundamentalmente de los argentinos"; por manera que los estudiantes de dicho país aprenderán, aquí, por ejemplo, a plantar tabaco o zapalitos y se irán allá a plantar concienzudamente perejil o vinca por vinca.

Sabido es que todos esos países que representa el señor Barilari son factorías norteamericanas, donde una caterva de políticos enriollos están vendiendo al oro ran que la poca dignidad que nos queda a los pocos hombres dignos que poblabamos este continente. Es así, que por estas "razones obvias", el señor Barilari, al ser requerido

por un periodista, prefirió "no hablar de la situación política de Nicaragua".

"Mi misión — dijo — se ha limitado en todos los países que recorrí a contemplar exclusivamente el aspecto de orden espiritual". Y como si esto tuviera alguna relación directa con el espíritu, en seguida, habla expresamente del raid caballuno que realizó un tal Tschiffely, quien salió de aquí hace algún tiempo con dos matónes y a quien halló él "a las puertas de Estados Unidos", aunque recién acaba de llegar a Méjico. Refiriéndose a este sujeto, (un hombre que se presenta con un caballo en una República intransigente como Norteamérica, en esta época de los submarinos y de los hidroaviones, merece el adjetivo de sujeto), refiriéndose a este sujeto, dice que es "una maravilla la tenacidad, la resistencia y la pericia hípica de ese hombre, (éste llama hombre) que ha dejado bien plantada la reputación de los caballos argentinos a través de toda la América".

Nosotros, no podemos en duda que el tal Tschiffely, ha dejado, en efecto, bien plantada, y sobre bases incommovibles, la reputación de los caballos argentinos, pero, lo que nos cuesta creer es que su misión se "limite exclusivamente a contemplar la faz espiritual".

Una de dos: o este hombre está mal del cráneo o trae algún negocio serio.

AVIADOR VA Y AVIADOR VIENE, Y LA TIERRA PER- MANECE SIEMPRE CON LA BOCA INTELIGENTEMENTE ABIERTA

A la humanidad le ocurre, sobre poco más o menos, lo que le ocurre al individuo. Tiene sus días de mal humor y sus días de buen humor. Sus días feñales y sus días no feñales... Ciertas mañanas, como aquella célebre mañana de Agosto, de aquel no menos célebre año de 1914, amanece entripada, y estalla una conflagración de órda paz. Otras veces, la idea de una paz a punta como cuando se firmó la paz, o se rehabilita con una revolución francesa o con una revolución rusa. Por momentos, le da por inventar un peligro (el peligro amarillo), o una enfermedad (del dengue), o una gran peste, (la idea de las Naciones), y comienza a preocuparse seriamente de todas estas supercherías, como si se tratase de una cuestión ineludible, de vida o de muerte. Al poco tiempo, no obstante, se olvida, y todo desaparece de una manera natural. Ya no hay peligro, entonces, ni

hay enfermedad, ni hay guerra... Oficialmente, se anuncia que la paz reina en Varsovia. Tan pronto ríe a mandibula batiente, como se tira de los pelos.

Ahora, atraviesa, la humanidad, una verdadera crisis de infinito... Los raids aéreos constituyen el síndrome espectacular de la epilepsia... Aviador va y aviador viene. Al raid monstruo de un pueblo, otro pueblo, le responde con otro vuelo más fenomenal. Cuando no se sabe con quién batallar, se busca un enemigo imaginario como es el aire, y se concierne un match. Por lo visto, se le quiere atizar una golpiza al momento. Entre las naciones civilizadas, se está llevando a cabo, aquello tan clásico y tan profundo de "a que no me mojas la oreja". ¿Que dos aviadores franceses abandonaron la patria para medirse con el Atlántico y el Atlántico se los devora? Pues, en seguida, salen otros dos a "cacarle la pajita" al Océano. Después de una cabeza que se rompe, otra cabeza se ofrece para reba bilitar el estropicio.

Y preguntamos, nosotros, preguntamos: ¿todo esto, esto que va y viene, a qué conduce o a qué puede conducir? ¿Ese que gaudice o pierde algo con esta la humanidad? ¿Acaso esas carreras de aviadores se diferencian fundamentalmente de las carreras de caballos? ¿O es que se ignora la plata que cuesta un raid? ¿O es que se ignora lo que cuesta la plata? ¿O es que se ignora que la plata representa el trabajo de todos los que trabajamos? ¿O como dice Carlos Marx: representa el trabajo no pagado a los obreros? ¿Con qué derecho, entonces, un atorante del espacio se gasta cien mil pesos como liso el señor Godino? ¿Cuántas obras estupidas no pueden realizarse con semejante suma? ¿Obras perdurables y efectivas? ¿Qué es lo que queda, en cambio, de un raid? A menudo: dos cadáveres más y un aparato más... ¿o sino: el nombre formidable de un mexicano que tiene las orejas como Santos Godino...

ALGO MÁS SOBRE EL VACIO

Actualmente, se planea un vuelo, entre nosotros, que, según cálculos aproximados, costará al dueño de él, de 80.000 pesos. El diario de las colectas (colecta por Santos Godino, colecta por monumento a Sánchez, colecta por viuda de un bombero, colecta por familia de un vigilante), el diario de las colectas, repetimos, auspicia la iniciativa. El desahogado que con que todos los habitantes de la ciudad pongan un peso, un solo peso, la bagatela de un peso, basta y sobra. Hasta se podría construir con el saldo, una casa para la viuda, del primer héroe que aterrice con la cabeza para

abajo... (El heroísmo del que cae, como cae a la fuerza, resulta un heroísmo forzoso). Este descubrimiento sensacional del peso, en cuanto se verificó, se anunció con un letrero que ocupaba dos páginas: CON UN PESO BASTA: EL AIRE SE HACE. Al día siguiente, creyéndose las quías, que el público no había entendido bien la cosa, dada la complejidad del asunto, apareció otro cartel: NECESITAMOS NADA MAS QUE UN PESO PARA LLLEVAR A CABO LA LAZARA. Dos o tres días después, otro: CON UN PESO EL CAPITAN OLIVERO, etcétera, etc. Se ve que, a pesar de todo, la iniciativa no prospera, porque hace ya cerca de dos meses que se insiste con la melopea de que "con un solo peso, basta".

Resumiendo: si fuera tan fácil como a primera vista parece, hacerse lanzar un peso a cada habitante de esta ciudad, tendríamos, no 80.000, sino dos millones de pesos. Pero, suponiendo que fuese posible reunir 80.000 pesos, ¿no sería preferible darle otro destino? ¿Acaso no sería mejor fundar más escuelas que nos hacen más falta? ¿Antes de meternos a volar por la galería, no sería más atinado aprender a leer y a escribir pout... no pasar por zonzo? Con 80.000 pesos no se podría rehabilitar el Instituto del Cáncer, que ha cerrado sus puertas por carecer de recursos? ¿No se podrían abrir caminos? ¿O combatir el bocio en las cordilleras donde hay regiones enteras de cretinos?

Pero, la humanidad, como declamamos más arriba, tiene, en estos momentos, el cerebro liso de hules y no puede pensar más que en el vacío... Entretanto, le toca permanecer, hasta nueva orden, con la boca inteligentemente abierta.

LA CIENCIA Y LA POESIA NO MARCHAN DE ACUERDO

Hay que rectificar. Hay que rectificar siempre. He aquí que acabamos de leer un artículo de E. Bonilla, en "La Gaceta Literaria" de Madrid, sobre el origen del bocio, vulgarmente llamado coto, y descubrimos una nueva verdad. Y es esta: que una de las principales fuentes del bocio es la miseria. Para aquellos que lo ignoran, conviene decir aquí que el bocio como la sordomudez son dos variedades patológicas del cretinismo. O por lo menos son dos manifestaciones distintas de un mismo proceso degenerativo: degeneración cretínica.

Así se produce el bocio y la cretinidad. Cervantes afirmó que "la miseria desarrollaba el talento". Pero, si la falta de alimentación produce el bocio y si el bocio es una degeneración del cerebro, resulta, entonces, que la miseria en vez de desarrollar el talento, desarrolla la cretinosis.

LA MAYORIA DE LOS ES- CRITORES SON COMO LOS PATOS: SINO ENSUCIAN AL ENTRAR, ENSUCIAN AL SALIR

Cuando a un escritor irónico le da por hablar en serio, nosotros, lo tomamos a chacota, a rieviera, cuando le da por hablar en broma. Porque, para comprender bien la naturaleza de la ironía hay que proceder así. De lo contrario, esta actitud intelectual no provocaría la risa y nadie la utilizaría. El ironismo opera con los argumentos como el lunfardismo con las palabras: al verse. Cuando habla un ironista, entonces, no hay que tomar la cosa por la punta, sino por el rabo.

Hecha esta salvedad, habiemos, ahora, de E. Bernard Shaw, escritor irónico, singularmente ingenioso, de quien dijo otro literato que jamás podía saberse cuando hablaba en serio o cuando hablaba en broma. Sabemos que el autor de "El soldado de Chocolate", es socialista de la derecha, cuando mira, y de la izquierda, cuando escribe. Por eso, nos sorprendió algo su "elogio del fascismo". Pero, teniendo en cuenta, la modalidad dialéctica de los ironistas, si invertimos la palabra "elogio", obtendremos la contraria: que el autor de "El soldado de Chocolate" es un juicio definitivo sobre su opinión, porque nos ha llegado fragmentariamente y de una manera dudosa. "Trascríbamlos, sin embargo, este cable de "La Prensa" que apareció el 29 del mes pasado. Dice así:

"Londres, este United, etc. Vía, etc. — "En una carta dirigida, etc., Bernard Shaw, refiriéndose a Benito Mussolini, dice: "El jefe del gobierno italiano, no puede hacer "todo personalmente. Tampoco puede vivir eternamente, no puede estar seguro de que no terminará sus días en Santa Elena "o Chischester. Tiene, Mussolini, el deber "de preocuparse por un sucesor para el día "en que su corazón cese de latir... Algún "día llegará en que será necesario elegir "un nuevo Mussolini".

Esto que Bernard Shaw dijo en broma, seguramente, que lo pensó en serio. Anunciarle a un dictador que puede muy bien terminar sus días en una cárcel es como presagiarle a un bandido que le espera la cuerda de la guillotina.

En otro cable de "La Nación", lo compara a Napoleón Bonaparte. (Esto, tal vez, lo dice en broma). Luego, opina que "los revolucionarios se hallan frente a un dilema: o se plegan al fracaso de la dictadura proletaria, o siguen vociferando contra el

asesino de las libertades públicas, que mantiene a Italia bajo sus plantas".

De este párrafo, lo único que, probablemente, escribió en serio, es eso de "asesino de las libertades públicas". El resto, huele a chiste revolucionario: anarquista...

En el mismo cable, afirma: "Las lacras atribuidas al gobierno del señor Mussolini no son específicamente fascistas ni tampoco específicamente italianas; son las lacras que siempre se encuentran en el tenebroso abismo del corazón humano".

El fascismo nació en Italia y tuvo su encarnación máxima en Benito Mussolini. Na-

ció y se desarrolló en Italia y de allí no salió. Fue un invento específico. Es menester, entonces, entender al revés este párrafo. De otra manera, carece de sentido.

Añade que el fascismo se mantiene a base de actividad y no de palabras.

Roberto Bracco, no obstante, asegura que el fascismo se mantiene a base de aceite y castor...

Y otro escritor emigrado dice que mientras el señor Carlo Erba, cómplice del régimen, viva, Mussolini tendrá asegurada la restauración...



Discurso Póstumo de Arturo Cancela

Con motivo de la silbatina que los estudiantes le hicieron a un coronel que invadió la Facultad de Derecho para dar una conferencia sobre balística o estrategia, Arturo Cancela, desde las columnas de "La Nación", le espetó a los insurgentes nueve columnas y media de palabras soeráticas.

El primer error de Arturo Cancela, a nuestro juicio, consiste en encargar un asunto del siglo XX con el criterio de un pensador que existió cuatrocientos años antes de la era cristiana. Desde Sócrates a Spengler ha llovido mucho sobre el campo de la filosofía y hubo una limpieza general de conceptos anacrónicos. Más que limpieza, hubo una especie de masacre, donde fallecieron casi todos los pijos de la tradición.

En tiempos de Sócrates, por ejemplo, Aristóteles decía "que la naturaleza había hecho a los hombres de dos maneras: a unos los había hecho esclavos, para obedecer, y a otros los había hecho libres, para mandar". Añadía "que la mujer debía una sujeción absoluta al hombre, y que la autoridad del padre era también absoluta, pudiendo, en caso de reputarlo conveniente, dar muerte al hijo".

El criterio de los griegos de la antigüedad difería fundamentalmente del nuestro, por manera que no podemos tomarlos, en este renglón de la filosofía, como modelos. Ellos no partían de la base que partimos nosotros, y es a saber: que todos los hombres están hechos del mismo barro y que todos los hombres tienen los mismos derechos y los mismos deberes; sino que dividían a la humanidad en dos partes: aquellos a quienes no se sabe por qué causas la naturaleza los había hecho libres, y aquellos otros que por las mismas razones la misma madre común los había parido esclavos. Por lo que se ve, los grandes pensadores griegos tenían un criterio bastante negro de la especie humana. Además, suponían que todos aquellos que no habían nacido en Grecia eran "bárbaros", y así los calificaban.

Nosotros podemos admirar de Grecia sus cualidades, pero no sus defectos. Cada época tiene su lógica. El cerebro del hombre se amplía a través

de los siglos, y se abren cada día nuevos horizontes. El camino de la verdad está empedrado de errores. A fuerza de equivocarse, el hombre, finalmente, encuentra la verdad. Y, gracias a los errores de nuestros antepasados, hemos alcanzado nosotros la suma de verdades que actualmente poseemos. No es posible, entonces, volver atrás.

SEGUNDO ERROR DEL MUERTO

Sócrates no hablaba tanto. A simple vista, se advierte que Cancela escribe largo y piensa corto. Sócrates, en cambio, pensaba largo y escribía... nada. El filósofo de Atenas aseguraba que prefería escribir sus palabras en el corazón de los hombres, y no escribirlas, en consecuencia, una sola línea. El filósofo porteño, en vez de seguir el ejemplo de su maestro, prefiere, claro está, escribir sus palabras en las columnas de "La Nación".

El discurso que nos ocupa comienza con una "remembrancia" al general Justo. Parece ser que Cancela tenía una deuda de gratitud con ese hombre que le hizo "experimentar una de sus impresiones más hondas de civismo", y quiso, naturalmente, pagarla. La deuda del escritor era una cuenta vieja que contrajo allá por el año 1921, cuando el general Justo "no había llegado a ministro" aún, y dirigía la Escuela de Cadetes, cuya "labor silenciosa no había hecho trascender todavía su nombre del ámbito militar".

Dos cosas llaman la atención aquí: la labor silenciosa del general Justo y la trascendencia de su nombre.

El trabajo de los militares se puede considerar un trabajo? ¿Qué es lo que se aprende en el ejército fuera del manejo de las armas? ¿Y qué objeto tiene el manejo de las armas, aparte del uso que comúnmente se les da? ¿O es que se va a comparar el trabajo de los militares con el trabajo de los cirujanos? ¿O es que la coincidencia de que estas dos profesiones se dediquen, como quien dice, a destripar al prójimo, significa que los cirujanos y los militares persiguen la misma finalidad? También los asesinos, a menudo, se apuntan con una craneotomía, pero entre la operación de un cirujano y la operación de un asesino se interpone heroicamente la cultura, y median, por lo menos, seis años de universidad.

Nosotros consideramos trabajo cualquier operación útil o agradable a la especie. El trabajo de una prostituta, pongamos por caso, no es trabajo: es una porquería. Y el trabajo de un verdugo jamás puede englobarse en el orden moral de las profesiones humanas. El que hace funcionar la silla eléctrica no trabaja: asesina. El trabajo de los militares, para nosotros, es como el trabajo de los sacerdotes. Ya lo hemos dicho una vez: uno se pasa la vida haciendo cruces en el aire, y el otro en el cementerio. De la labor silenciosa del militarismo puede dar cuentas la guerra europea: veinte millones de muertos, sin contar los heridos y los mutilados.

¿O es que la muerte y la devastación ahora se consideran un trabajo?

TERCER ERROR FUNERARIO

Pasemos a la resonancia del nombre de Justo. Antes nadie lo conocía. Pero ahora, fuera de nosotros, ¿quién lo conoce? Y, aunque lo conocieran muchos, ¿de qué data su conocimiento? ¿Quién no conoce el nombre de Juan Moreira o de Mateo Banks? ¿Cuántos nombres andan por allí rodando de boca en boca, sin que por esto dejen de ser lo que son: nada? ¿Acaso el nombre de Alvear, que se pronuncia tanto, tiene algo de trascendente o intrascendente? ¿Los Fernández y los Pérez no suenan más que el presidente de la República? ¿Qué ha hecho de particular el general Justo para que su nom-

bre trascendiese? ¿Caerse de un aeroplano? ¿Es esto una novedad? ¿No se han caído otros antes que él, con más éxito que él, para el recuerdo, puesto que se han roto la erisma?

Digamos con toda humildad que el general Justo tiene todavía que crecer mucho para lo que recuerda la historia. Su nombre, por el momento, puede quedarse quieto al lado del nombre de Alvear...

FINIS A LA REMEMBRUCIA

En la remembrucia, Canela, más que filósofo: político, y más que político: diplomático, quiere conciliarse con el director de "La Nación", que se llama Jorge Mitre, y dice que Bartolomé Mitre (su abuelo) "era un prócer cuya gloria, como las verdaderas glorias nacionales, supera toda clasificación posible y es a la vez civil y militar, literaria y científica, entrañablemente argentina y humanamente universal".

De este prócer, sin embargo, lo que más se recuerda es aquello que dijo otro prócer. Dijo que "era un gran militar entre los literatos y un gran literato entre los militares". Asimismo, se recuerda el inicio que dió otro prócer más sobre su "Historia del General San Martín". Dijo que "era la historia de un zonzó escrita por otro zonzó".

Arturo Canela, que escribió una novela titulada "El culto de los héroes", donde se burla de los próceres, imaginando uno que de afilador de tijeras llega a ser una "gloria entrañablemente argentina" que "supera toda clasificación posible", ahora nos sale con el cuento que nos cuenta todos los días "La Nación": que Bartolomé Mitre, padre o abuelo del director, era un coloso.

Es de advertir, también, que no se explica claramente que el autor de "Una semana de jolgorio", después de hacer una pintura magistral de los militares y anexos: soldados del escuadrón, bomberos, vigilantes, termine haciendo la apología del militarismo.

La falta de consecuencia consigo mismo era, sin duda, lo primero que repudiaba Sócrates, quien advertía siempre a sus discípulos eso que Canela cita para los estudiantes, y que nosotros vamos a citar para él: "Conócete a ti mismo".

AUTOPSIA DEL DISCURSO POSTUMO

Aunque el artículo al cual nos venimos refiriendo fué publicado hace ya algún tiempo, lo comentamos tardíamente, porque recién se nos presenta la oportunidad de verificarlo. Llamamos "postumo" al discurso, porque Canela con esa pieza, moralmente, se suicidó.

Nosotros no le vamos a dar a esta contestación el carácter de una vindicta literaria, en el sentido de devolver columna por columna una réplica de nueve columnas y media. Eso no. No queremos matar a Canela de una réplica. Tampoco nos agrada aburrir a nadie. Vamos a contestar en pocas palabras, comparadas con las suyas, haciendo un resumen de sus ideas y de las nuestras. Digamos de golpe que Arturo Canela allí le hace el caldo gordo al militarismo. Y empieza, claro está, dedicando sus palabras socráticas, no a otro filósofo, sino a un general. Aunque Canela no predica la guerra, convienga, sin embargo, que la guerra es necesaria, y, por donde, el mantenimiento del ejército y el consabido respeto por las fuerzas armadas del país. Generalmente, el articulista llega a conclusiones más o menos exactas. Pero falla siempre en las consecuencias. Porque se ha dicho que al mundo le cuesta vivir en paz, deduce que hay que vivir en guerra. O porque se ha dicho que a una república le resulta difícil desenvolverse dentro de la libertad re-

lativa que se le concede o que se concede, presume que es conveniente aplicarle el chaleco de fuerza de una dictadura militar.

Después de analizar la situación del mundo, podemos llegar a la conclusión de que el mundo no vive en paz. Es cierto. Pero no porque el mundo no viva en paz tenemos que fomentar la guerra o debemos suponer que la paz no sea necesaria.

Lo que no se consigue resolver en paz, menos se resuelve en guerra. El problema social no es un problema de cirugía ni de ortopedia... Tomemos el caso de España. Antes de la dictadura, España vivía mal. Ahora vive peor.

Hagamos constar, de paso, que varios escritores del mismo diario, que fueron hasta no hace mucho plumas petroleras, expusieron antes que él idénticas ideas, como si el general Justo les hubiese proporcionado a todos, "junto a la Recoleta", también, alguna "emoción honda de civismo". Primero fué Lugones quien salió un buen día anunciando que "había sonado la hora de la espada". (A Lugones le debe andar mal el reloj o la cabeza). Después, Manuel Gálvez, autor de "Nacha Regules", novela de redención social. Después, apareció Alberto Gerchunoff, corresponsal de guerra en Chile, a quien el tirano Ibáñez le colocó sobre el pecho una cruz de hierro, símbolo de la integridad moral... Este caballero del ideal, marxista y bucoficio, estuvo piropeando a los cadetes de aquende y allende las cordilleras durante un mes, y codeándose escandalosamente con tiradores y espadachines en la tierra "del conculcador de todas las libertades chilenas".

Por último, aparece Canela repitiendo las mismas cosas que dijo Lugones, y recostándose contra el primer filósofo del mundo que abominó justamente de todas las injusticias humanas y repudió públicamente el despotismo de los treinta tiranos de Atenas.

LOGICA DE ULTRATUMBA

Arturo Canela no concibe que por amor a la paz se befe a la guerra, o, lo que es igual, al único instrumento que la ejecuta y la promueve: el militarismo.

La cuestión, sin embargo, es bien sencilla. Los enemigos de la guerra de alguna manera deben oponerse a la guerra. Y si bien el mal no se combate con el mal y la violencia, no hace sino abrir a los demás el camino de la venganza, no es lo mismo hacer la guerra que oponerse a la guerra. El acto heroico y simpático de que unos cuantos estudiantes inermes silben a un coronel armado hasta los dientes no es un acto belicoso, sino, por el contrario, antibelicoso. Extraña que un dramaturgo que ha reclamado para el público el derecho de silbar una obra pernicioso, no le conceda el mismo derecho a los estudiantes de la Facultad, tratándose, como se trata, de algo más funesto todavía. Luego, la violencia de la palabra o del pensamiento no es de la misma índole que la violencia de la espada o de la acción. Nótese que los militares, aparentemente agredidos, respondieron a los estudiantes como militares: a bastonazos. La violencia de los estudiantes, a lo sumo, podría considerarse como una violencia moral, abonada, además, por un principio filosófico. La violencia del militarismo, en cambio, no consulta nunca ningún principio filosófico, y es la más cruda y la más ciega que se conoce.

Canela dice que debemos admitir que el militarismo y su consecuencia inmediata: la guerra, es un hecho. No lo negamos. Pero los hechos no son razones. No obran ni en contra ni en favor de la razón. Los hechos son hechos y nada más, y se producen, a veces, independientemente de todo razonamiento.

Tan hecho como el militarismo y la guerra es el cáncer o la peste bubó-

niea. Nadie se atrevería a negar la existencia del cáncer. Menos: los estragos que produce. Pero, ¿la comprobación de que el cáncer sea un hecho implica, acaso, que debemos hacer la defensa de semejante morbo o promover su divulgación? Así como la humanidad lucha por extirpar las plagas que azotan su cuerpo, creemos que debe luchar, también, por extirpar las plagas que azotan su espíritu. Un médico que se lanzara a proclamar la necesidad de sostener el cáncer, por la triste razón de que la ciencia no puede todavía exterminarlo, cometería el mismo error de Canela, que proclama la necesidad de sostener el militarismo y la guerra, porque el mundo no puede aún vivir en paz.

Si el militarismo fuera una cosa tan buena como piensa el articulista, no se explica bien, entonces, por qué todos suponen lo contrario y de dónde el militarismo se ha sacado esa fama negra que tiene.

EL MUERTO SE EQUIVOCA OTRA VEZ

Para substanciar su tesis, Canela cita una porción de libros que enaltecen la guerra. Pero se olvida de citar una porción más grande de libros mejores, que la demigran o que la colocan, sencillamente, en su sitio. Conveniría leer al respecto el libro de Nicolai "Biología de la guerra", o el libro de Virchow "Darwinismo social", o el de Tolstoi "La guerra ruso-japonesa", o el de Kropotkin "La ayuda mutua", o el libro de los libros: "La Santa Biblia". No se necesita, sin embargo, leer a Sócrates o a Confucio para saber lo que es la guerra: basta con soportarla. O basta con analizar sus resultados. En la pasada guerra europea, repetimos, murieron veinte millones de hombres. Antes de la guerra, Europa se hallaba mal económicamente. La guerra terminó de hundirla. Por manera que el problema que se quería resolver mediante esa carnicería, en vez de resolverse, puede decirse que se agravó. Advuértase, en descargo de Sócrates, que en los tiempos de la antigua Grecia la humanidad se componía, en relación a la de ahora, de cuatro gatos, sin más orientación social que la conquista brutal del mundo. A pesar de todo, si los griegos hubiesen asistido, con el alma, a los funerales de veinte millones de hombres, tal vez habrían cambiado de opinión con respecto "al noble ejercicio de las armas". La voz de Sócrates, entonces, no se puede comparar nunca con la voz de Romain Rolland, que habla en nombre de veinte millones de hombres sacrificados. Ni con la voz de Henry Barbusse, ni con la voz de Andrea Latszko, ni con la voz de Leonard Franck o Leónidas Andreiev...

OTRA CONTRADICCIÓN MACABRA

El articulista dice "que si nos queremos sustraer a esa ley que hunde a los seres humanos en la abyección porcina, debemos alistarnos en las filas del pensamiento, único ejército que está siempre en marcha".

Muy bien. Pero más abajo nos quiere alertar en el ejército del general Justo, que en estos momentos está en marcha... hacia la dictadura militar.

Apuntemos que el hecho de que Canela elogie la fuerza bruta, y que Gerechtunoff reciba una cruz de fierro por las palabras cálidas tributadas a los defensores de la tiranía chilena, y que Lugones proclame la hora de Benito Mussolini, y que Gálvez anuncie la hora de Lugones, este hecho, decimos, es sintomático. Ninguno ignora que estos cuatro hombres fueron anarquistas o socialistas y que escribieron libros y obras donde sostuvieron lo contrario. Nosotros no creemos en un cambio de frente ideológico, sino, más bien, en otra cosa más fea que no nos atrevemos a invocar, no por respeto a ellos, sino por respeto hacia nosotros mismos.

A nadie se le escapa, ahora, que aquí el general Justo está afilando entre las sombras, el machete de una dictadura militar, y sólo a un profesor soecático podrá parecerle mal eso de que los estudiantes se opongan con todas las fuerzas de sus pulmones a que un día ellos quisieran hacer marcar el paso con aceite de castor. Ni nos parece mal que todos secundemos a los estudiantes, porque, si llegase a ocurrir aquí lo que ha ocurrido en el país vecino, en vez de ser nuestros diarios los que se alarman publicando el retrato de los deportados, serían los diarios de Montevideo o de Asunción los que se alarmarían y nos fotografiarían a nosotros.

¿SOPORTARIA EL PUEBLO ARGENTINO UNA DICTADURA MILITAR?

Todo lo que hace el general Justo deja sospechar que el hombre está empeñado, como en la época que lo vió Canela pronunciando una arenga fúnebre, en una "labor oscura y silenciosa". El presupuesto de guerra este año ascendió a 200 millones de pesos. Se compraron ya tres submarinos y se arreglaron varios cruceros y acorazados. Aquí y allí se fabrican granadas y cañones y se levantan fortificaciones y murallas. Los militares, una de dos: o se reproducen por generación espontánea o salen a la calle con una frecuencia que antes la capital no conocía. Por todas partes se ven espadas. Se meten hasta en las exposiciones de pintura, que ya es el colmo. Invaden los templos del saber e irrumpen la sagrada casa de Gutenberg...

¿A qué vienen tantas maniobras y tantos preparativos bélicos? ¿Es que pensamos hacerle la guerra a algún país de esos que constantemente llamamos hermanos? ¿Estamos planeando, acaso, la conquista del Uruguay o del Paraguay? No. La Argentina: ni está en condiciones de hacer una guerra, ni tiene necesidad de hacerla, ni llegado el caso tampoco la haría. Afortunadamente, el pueblo argentino es uno de los pueblos más mansos de la tierra. ¿Será, entonces, que tales preparativos los lleva a cabo el general Justo para ver hasta dónde alcanzan sus fuerzas? ¿Será que el hombre está tanteando el terreno para sacudirse luego una dictadura militar por la cabeza? ¿O será, simplemente, que no sabe lo qué hacer para justificar su puesto, y hace eso a fin de demostrarnos que hace algo?

La historia argentina registra una sola dictadura militar: la dictadura de Rosas. El ejemplo del tirano ha sido tan elocuente, que desde entonces hasta la fecha los argentinos se sacaron las ganas de dejarse gobernar por un milico.

Pero ahora los poetas de color, según parece, empiezan a añorar la presencia de un caudillo precolombiano... Y escriben nueve columnas y media de consideraciones semibárbaras para demostrar que el amor y la paz pertenecen a un género distinto, como si el amor y la guerra fueran dos problemas de orden gramatical... Que la paz es blanducha y la guerra trebuchada. Y que el idioma guaraní hace femenina a la primera, macho al amor, y a la guerra, baguala.

Hablando con sinceridad: ¿es que se podría discutir la bondad de una dictadura, tipo Rosas, que es el único tipo de dictadura que conocen los militares? Y si otro Rosas quisiera ocupar el poder, el país, en nombre de la paz, ¿se lo permitiría? ¿Sería un acto belicoso sujetar el brazo a una persona que nos quiere hundir una maza de fierro en el cráneo?

Y hablando con más sinceridad aún: si un hombre que invoca la "suprema honradez del espíritu", como Canela, alienta con sus palabras a la "Santa Federación" militar, si un hombre, repetimos, a quien creíamos justo y misericordioso, hace esto, ¿qué podemos pensar nosotros de este hombre?

La contestación no se ha hecho esperar. Apareció en todos los diarios. A raíz de las palabras socráticas, intervino el ministro de Guerra ante el ministro de Instrucción Pública, y Arturo Canela fué nombrado, sin que antes se resolviera el expediente, inspector de enseñanza secundaria.

He aquí adónde ha ido a parar "la suprema honradez" de aquellos "pocos que todavía tienen el valor de expresarse con claridad y rectitud", ahora, justamente ahora, que estas virtudes "están en cuarto menguante en nuestro horizonte intelectual...

RESUMEN

Volvamos al nervio de la cuestión. El ejército, en tiempo de paz, consume y no produce. Y en tiempo de guerra consume más y produce... más calamidades. ¿Cuál es su utilidad, entonces? ¿Mantener la paz? ¿Es que la paz se mantiene con la guerra? ¿Y qué hace el ejército siempre que interviene? Y, si no interviene, ¿qué hace? Y, si la paz es "blanducha" y "femenina" y despreciable, ¿por qué Canela defiende al ejército, cuya misión es defender la paz?

El ejército es en los tiempos modernos la organización científica del bandolerismo de la antigüedad. Ninguna nación puede ya engañarse al respecto. La paz del mundo no se conseguirá con la paz armada... Tolstoi comparaba la paz armada con el supuesto caso de que un hombre le fuese a proponer la paz a otro, revólver en mano, y esta suposición nos da la medida del grado de subversión moral a que hemos llegado. Suponiendo, sin embargo, que la humanidad necesitase todavía un gobierno y que el gobierno necesitase un ejército, creemos, a pesar de todo, que es peor el remedio que la enfermedad. Vale decir, que por evitar un martirio nos sometemos a otro martirio mayor. Advirtamos que el ejército siempre que interviene lo hace en son de guerra, pero, según las declaraciones de aquellos que lo envían, resulta que el ejército no va a guerrear, sino a pacificar. Y adviértase, asimismo, que el ejército entra en acción recién cuando la paz se quebranta y lo hace para restablecer la paz. ¿En qué quedamos finalmente? Si el ejército es una gran cosa para el articulista y la paz una gran porquería, ¿por qué el ejército invoca la paz y la defiende y en su nombre promueve la guerra?

Canela, que ha tenido la suerte de "no ver todavía ningún militar belicoso", asegura que la belicosidad no proviene de los militares, sino de la democracia. La democracia, para él, "es esencialmente belicosa". Pero, a decir verdad, el sistema de gobierno no tiene nada que ver con la paz ni con la guerra. Bajo todos los regímenes se producen los dos fenómenos. Estos estados de ánimo o de temperatura sexual responden a otras causas más profundas y son inherentes a la constitución del hombre. La paz está en nosotros. Y en nosotros también está la guerra. No hay que buscar en las instituciones las culpas de nuestras culpas y menos las lastras que nos corren el espíritu.

Según la opinión de Canela, todos son belicosos —él conoció damas belicosas, sacerdotes belicosos, poetas belicosos—, todos son belicosos, menos los militares, pero lo cierto es que la guerra se hace tan sólo con ejércitos y que los ejércitos no están compuestos ni por damas, ni por sacerdotes, ni por escritores...

Dice textualmente: "Jamás conocí un militar belicoso". Tratemos de recordarle al hombre que "se atreve a pensar con exactitud" que la historia del proletariado argentino registra dos grandes masacres: una fué ejecutada por el coronel Falcón en la plaza Lorea y otra por el coronel Varela en la Patagonia.

Elías CASTELNUOVO.



FILOSOFÍA-POLÍTICA

La Crisis de la Democracia Argentina

El aspecto político de la democracia argentina es cada día más triste y desesperante.

Los postulados básicos, que hubieran de servir de apoyo a la futura evolución institucional del país, están de tal manera carcomidos que cada conmoción popular los amenaza de una destrucción completa.

La democracia argentina debió basarse según el pensamiento de la generación revolucionaria de mayo —en el amplio ejercicio del poder por parte del pueblo—, por la comunidad entera. La práctica histórica, de un siglo, demuestra que el gobierno pertenece y ha sido ejercido por una o varias clases especiales de la sociedad. Solamente en los movimientos que apuntan, como revolucionarios, el pueblo intenta, no apoderarse del poder, sino destruir el poder en sus formas tiránicas y dictatoriales. Todas las revoluciones que registra la historia nuestra, han sido dirigidas contra los poderes constituidos, aunque después los caudillos triunfantes se hayan constituido en gobierno o tiranía, sólo mejorados en sus aspectos gauscheos y bárbaros, con la amenaza de otras revoluciones.

Los gobiernos argentinos (en el orden nacional y provincial) no han sido nunca elegidos por las clases populares, sino por un pequeño número de personas de familias, privilegiadas por su nacimiento o por su riqueza.

Después del año 1912, en que se llegó a un sufragio popular más amplio, tampoco tiene mayor influencia las masas. El mecanismo de la democracia permanece idéntico: las mayorías no significan nada, porque se "hacen", son hechos por los partidos políticos tradicionales; el sufragio universal se degenera hasta transformarse en un simple negocio.

Los políticos de la generación pasada mantuvieron en constante jaque a nuestra incipiente democracia merced al contralor de la fuerza armada: policía y ejército. Los políticos de esta generación ejercen un contralor seguro, debido a la inercia e indiferencia de las masas. El derecho al voto evolucionó en nuestro país, parcialmente al ejercicio del voto.

Hace medio siglo no se votaba. Una población semibárbara, iletrada, no podía comprender instituciones exóticas como la democracia: del 80 al 90, los caudillos criollos organizaron el arreo electoral de las muchedumbres a base de juego, alcohol y dinero. Ya en el año 1910 el criollo y el hijo de extranjero sabían vender perfectamente su voto. Hasta en los campos, la compra y venta era protegida y autorizada por el gobierno y la ley. Después de la presidencia de Sáenz Peña, los factores económicos invadieron y absorbieron la política. El ciudadano ignorante siguió mercedando su voto al mejor postor. El ciudadano iletrado y de urbe, trató de sacar de él una prebenda, un apoyo útil para la vida, una ubicación en el presupuesto. A tal método de las clases medias respondieron los gobiernos y oposiciones encantados, aceptando pretensiones solitarias, haciendo miles de promesas con la única condición de sumisión electoral. Desnaturalizado el voto por una serie de factores comunes al mundo moderno, un puntal de la democracia se viene al suelo. El derecho al voto y su ejercicio se nos presenta como una mistificación. El fracaso de su ejercicio es cada vez más rotundo...

La evolución histórica de la democracia argentina está marcada por la sucesión de malos gobiernos iniciados en el período caótico preconstitucional y cuyo fin no vemos todavía.

El esfuerzo de los partidos políticos por mejorar los gobiernos ha sido puramente teórico. Cada partido de oposición en las luchas electorales sólo aspiraba a gobernar. Las masas ante estos hechos se decepcionaron y al llegar el 1912 fué necesaria la compulsa para el ejercicio de un derecho.

Cada campaña política implica, ante la indiferencia popular, un esfuerzo sobrehumano, por parte de los estandmayores de partido; esfuerzo para la movilización

en el cual se usan todas las armas, promesas, sobornos, dinero, amenazas, etc. Asimismo, sólo logran llevar a las urnas minorías, sin entusiasmos y "hachas". No hay ningún interés por los gobiernos. La actividad política como pasión desaparece. No surge el esfuerzo común por mejorar los gobiernos. Los gobiernos han sido abandonados por el pueblo.

No tiene sentido la democracia. Ni para las "élites" que ya la han superado, ni para las masas aspirantes y creyentes en nuevos evangelios.

Hay una relación íntima entre los hechos, la realidad histórica y las bases teóricas de la democracia.

"Una idea —dice Hegel— no llega a ser potencia histórica por razón de su verdad sino por razón de su carácter representativo..."

Los revolucionarios de Mayo vivieron y durmieron con la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, decretados por la Asamblea Nacional de Francia, agosto 1789". Esa generación no desconoció a Rousseau. Desde Moreno a Echeverría el contrato social fue una obsesión.

La actual generación, que balbucea el francés, tomó por ejemplo la superdemocracia yanqui, cuyos escritores siguen la tradición más conservadora de "la declaración de independencia adoptada por el congreso de los Estados Unidos de América el 4 de julio de 1776."

La democracia argentina sigue en las teorías francesas como en las prácticas inglesas. En la historia de la democracia nosotros no contribuimos con nada original.

Si triunfó la idea de la democracia en las "élites" y oligarquías nacionales era por su representación. Significaba todo un programa y encerraba una gran esperanza.

Las fórmulas abstractas sobre las cuales descansan la democracia argentina, siguiendo una ley general, fracasaron.

La justicia y la felicidad no son alcanzables por la vía que andamos. Las promesas que en el orden intelectual y moral nos hicieron: igualdad, libertad y fraternidad, resultan defraudadas por la experiencia misma de los hombres.

La doctrina de los derechos naturales muere como una abstracción insignificante; en nuestro país el primer vigilante de la esquina demuestra su inocuidad.

Ciento veinte años de democracia argentina no han podido destruir el despotismo legal que se ejerce sobre la nación que en sus provincias. En el país los gobiernos fuertes son despotismos y sólo no llegan a ello cuando son débiles. No son, pues, muchas veces, despotismos, por impotencia.

No hemos podido abolir privilegios bochornosos y si seguir creando y aumentándolos.

Una historia de la libertad argentina sería una historia de la tiranía. No podemos decir que somos un pueblo libre. Amén de las 12.000 leyes nacionales y del mayor número de provinciales, los hechos de San Juan, Mendoza, Buenos Aires, etc., demuestran la ineficiencia de un "self-government", para los fines de la libertad en el pueblo entero.

Las libertades civiles unidas íntimamente a las libertades políticas, mejor es no mentarlas. Con una constitución y todo, ellas han sido superadas y subordinadas a criterio policial.

Las libertades individuales llegan a su ocaso y ante el poder absorbente del Estado, siguen el mismo camino que en los países dictadores del Occidente europeo.

Imposible es una libertad política sin independencia económica. La constitución estableció libertades sin dar los medios para conseguirlas.

En 1927 los pueblos aprendían y luchaban por nuevas libertades, vale decir por abstracciones irrealizables en el régimen.

La libertad llega a su orto en la democracia argentina. Pero entendámonos bien, esa libertad "dada" por la ley. En consecuencia, no fracasó la libertad sino la autoridad dispensadora de libertad.

La libertad como esencia espiritual confundida con la vida del hombre mismo, no fracasó; valor perpetuando, sigue constituyendo un alto postulado espiritual.

Nuestra república está basada en la igualdad. Si hicieramos un estudio de la igualdad en el orden económico, veríamos seguramente que en la sociedad argentina nunca hubo tanta desigualdad como ahora. Los grandes estancieros de la revolución o de la Restauración, podían ser empleados de cualquiera de los banqueros bonaerenses o lugartenientes insignificantes de los terratenientes, entre quienes se encontraron la tiranía y la explotación. La democracia argentina, constituida bajo la base teórica de una igualdad, engendra la desigualdad y trabaja en la formación de una minoría de millonarios y grandes comerciantes. La desigualdad en el orden económico trae otra en el orden civil.

Nunca hemos sido civilmente iguales los argentinos.

En lo tocante a la igualdad política, más vale no hablar. Es en tal terreno donde más resalta el contraste y desde donde surge la evidencia de la imposibilidad real e histórica de una igualdad que no existe y es trágica desigualdad.

La evolución, historia y desarrollo de los partidos políticos, nuevos y viejos, pueden dar una idea del desastre de nuestra democracia.

En el país hay para ella carencia de hombres y carencia de ideas. No hay en la Argentina un solo pensador, un solo "estadista", un solo gran hombre que forme en la democracia. Ni la literatura es democrática.

Los argentinos se han colocado, presumiendo una gran bakalla, a la derecha o a la izquierda. Los de la derecha rompen sus armas contra la mentira de la democracia y tienden hacia la dictadura proclamando la "hora de la espada". Los de la izquierda, en consonancia con la hora histórica y su significado, empujan las masas por nuevas rutas hacia una Revolución. Una hermosa juventud, desde la prensa, tribuna, magisterio, teatro, literatura, orientada hacia la creación de nuevas instituciones, proclamando el derrumbe de todo sistema parlamentario, anunciando el arribo de nuevas auroras.

Mientras tanto, el esqueleto putrefacto de la democracia argentina, vive su agonía conducido por políticos bajos, insignificantes, ignorantes y rateros.

La democracia argentina muere. Situada entre dos violencias, tardará poco en caer.

"La verdad en última instancia corresponde a la vida; lo falso se amortiza, esto es, conduce por fuerza a la muerte", dice un evangelio de la escuela de la sabiduría.

Juan LAZARTE.

Caudillos de Ayer y Política de Hoy

A la manera de Plutarco habría que tejer el elogio de quienes forjaron la personalidad política de la Nación Argentina. Todo aquí se hizo, en su hora inicial, a trecho de su desarrollo, es la historia de un cierto número de personalidades vigorosas. Nuestra vida política inicial justificaría la interpretación singular de la historia que alguna vez hemos saboreado en las bellas páginas de Carlyle. El héroe es la historia; él lo es todo, las masas le secundan dóciles y le entregan su fealdad para que el héroe lo quemé en aras de una obra superior; es la exaltación del genio, del arquetipo de una época, de la energía dominadora. El es la única luz que alumbra en los tinieblas que le rodean; si se apaga, la historia pierde significado, se oscurece en su insignificancia.

¿Puede admitirse hoy este criterio como ley general de la historia? Indudablemente, no. El cetro del imperio, en el sentido romano, se ha trasladado del hombre a la multitud. El impulso vital nos viene desde abajo. La sociedad ya no es una expresión verbal sin sentido; es un organismo, tiene su ritmo, su dirección, los elementos de su vida por los gentiles, ni por los ejércitos; la han decidido los pueblos. No ha sido guerra de Estados, sino conmoción de naciones. Estamos hablando de un espectáculo que culmine una época y que, por ende, la defina. ¿Dónde han estado los héroes? ¿Quién ha conocido al héroe trascendental?

Cuando los pueblos quisieron levantar monumentos que perpetuasen el recuerdo de su grandeza no pudieron inscribir en el mármol un nombre. No estaban César ni Napoleón. Se glorificó, entonces, al soldado desconocido, esto es, al heroísmo anónimo, al impulso total y colectivo. Los pueblos se glorificaron a sí mismos. Porque ese soldado desconocido, ese Nadie, era el alma de todos, la muerte y el sufrimiento de todos, la negación de una ilusión colectiva.

Ayer la fuerza de un pueblo dependía del hombre que lo manejaba. El Estado era él y la sociedad se le sometía. Hoy los Estados más fuertes son los más impersonales. El más grande imperio de la tierra, el único que pueda compararse con el romano, el imperio inglés, es el asiento más seguro de la democracia. La dictadura aunque relativa ella misma. La democracia ideal todavía no se ha visto por ningún lado. La dictadura personal es hoy espectáculo histriónico, evidencia la incapacidad política del pueblo que a ella acude para regirse. De lo heroico a lo grotesco hay un paso; un gesto humano determinado, según donde se lo ubique, resulta severo o ridículo. Y la ubicación no

es sólo cuestión geográfica, sino que tiene también sentido histórico, sentido de lugar y de época. Estamos contemplando el espectáculo de Italia: imperialismo grotesco, fastuosidad asentada en la miseria...

Todo se ha socializado, y también las energías espirituales. En política, en economía y en filosofía. Vivimos la época de los sistemas, de las teorías, de los trusts. Toda limitación se ha ensanchado. Ya no se habla del filósofo sino como elemento del sistema en que se ubica; no se habla del político sino de la escuela a que pertenece; no se habla del economista sino de la expresión económica general que divulga o interpreta. ¿Quién recuerda el efímero reinado de Hugo Stinnes, dictador imposible de las finanzas en Alemania?

La vida de hoy es impersonal en el sentido del único, pero personalísima si se observa que la cabeza pensante y directora, fenómeno de la hipertrofia, ha sido reemplazada por miles de cabezas que piensan y dirigen, obedeciendo a un ritmo superior de armonía. La muerte del héroe único y absoluto es la salvación espiritual del hombre, así como la del tirano lo es de la masa de pueblo que le estaba sujeta. Por eso el Estado, lo social, reemplaza a los señores feudales, dictadores personales en castilladas. Aparece la colectividad, la nación, la identidad en el idioma, en la cultura y en el ideal. La conquista nunca acabada de la igualdad. Se hace imposible aquello del Estado soy yo. En la colectividad organizada nadie es indispensable; todos son útiles.

El mismo proceso sufren los partidos políticos. Los partidos europeos tradicionales, partidos del siglo pasado, conservadores o liberales, declinan porque eran y siguieron siendo escuela de personalidades, fuerzas puestas al servicio de los líderes. Hoy tienden a triunfar los partidos de masas, y éstas no siguen a los hombres sino a los programas, a los programas que ellas crean o propician. El líder se pone al servicio de la masa; es un orientado.

Obsérvese este fenómeno: las frecuentes escisiones que se provocan en los partidos ya históricos (conviene recordar partido a cualquier cosa) son hijas de la indisciplina de alguna personalidad con pasta de caudillo o ideas singulares. Ni una rala de estas escisiones ha dado origen a un movimiento colectivo, más vasto o más importante del que ellos mutilaron. Aunque la disgregación parta de las personalidades más brillantes del partido madre, la masa no sigue a los que se separan; sigue a los programas, a la bandera, al ideal, al impulso común. En los grandes partidos la dirección es anónima porque es colectiva. Cuando el jefe no interpreta a la masa deja de ser jefe, su autoridad se derrumba. He aquí explicado el triunfo del socialismo, del laborismo, no en el sentido dogmático, sino en el sentido formal, de organización colectiva, de espíritu de masas, de grandes conglomerados humanos.

A manera de contraste, surge el espectáculo político argentino. Sin partidos, sin programas, sin masas actuantes y directoras. Todo es personalismo. Personalismo de caudillos que no representan nada. Fuerzas sin sentido, sin rumbo, sin ideales pequeños o grandes; nada de nada.

Estamos, pues, al margen del momento y de la historia.

El caudillismo de ayer, de la hora inicial, era político; este de hoy es antipolítico; lo es por lo insustancial, por lo vaco, por lo desorbitado. Porque no brota de la masa, porque el pueblo está ausente aunque vote.

Luis DI FILIPPO.

VERSOS DE LA PAMPA

Mi Tropicia

Oscureos los caballos y alazana la yegua;
¡todo un símbolo!
El sol y las tinieblas;
¡todo un símbolo!
La ilusión y las penas.

Así la vida:
tropol de sombras que un dolor arrea
y una esperanza amadrina.

Lauro Viana.



DRAMATURGIA



PRELIMINAR PARA EL REPRESENTABLE PUBLICO

Aunque pensamos dedicar esta sección a las cuestiones que se relacionen con el teatro, vamos a omitir, sin embargo, la crítica sistemática de todas las obras que se representen, por razones de salud espiritual. La producción normal de nuestro teatro, no merece, desde luego, la atención de las personas inteligentes. Nosotros somos escritores y nos ocuparemos solamente de aquellas obras que tengan alguna relación con la literatura. Tenemos la santa intención de no hurtarnos el cráneo y de no burrarle al cráneo a nadie.

CONSIDERACIONES SOBRE EL MEDIO

Hagamos algunas consideraciones sobre el medio: un medio que no conocíamos y que por una circunstancia fortuita empezamos a conocer. Todo es nuevo para una persona que visita un país desconocido, aunque no le resulte lo mismo a las que viven desde largo tiempo atrás en dicho país.

El medio teatral no difiere de los demás medios artísticos. Tiene las mismas virtudes y los mismos defectos. Es particular en la forma: idéntico en el contenido. Las mismas luchas: iguales resultados. Entre los defectos, se podría anotar, algo muy difundido en todos los medios y que se podría denominar "charlatanismo de los impotentes". Aquí y allí, se habla por las nubes y se produce, no obstante, a ras de tierra. Parece ser que la impotencia de producir desarrolla prodigiosamente la potencia de la garganta. Nosotros, dudamos, por principio, de aquellos que hablan magistralmente del arte. Algunos marean y se marean con la conversación. Nótese que los que más y mejor hablan del amor, son siempre, aquellos que por incapacidad física o sentimental, no pueden hacer el amor. Asimismo, nótese que nos referimos a cierto tipo de artista y no a los artistas en general. Hablando permanentemente sobre

un mismo tema — todos los artistas son monótonos — se llega a veces, a las conclusiones más absurdas. Lo que no alcanzamos a comprender es cómo hablando tan bien algunos, producen, luego, tan mal, o simplemente: no producen. Esta facultad prodigiosa del verbalismo, proviene, tal vez, de la asilación de los libros. Hay quien asimila el espíritu de los libros y quien asimila solamente la letra. Lo primero es una virtud, lo segundo es un pecado. Porque linda, casi, con la expropiación. Generalmente, aquellos que hablan magistralmente, repiten magistralmente lo que han leído. Y lo que nosotros creemos que es el producto de una elaboración personal no es, en resumidas cuentas, más que una explotación solapada del esfuerzo intelectual ajeno.

Una prueba de lo que venimos diciendo la tenemos en que la obra de estas personas no guarda ninguna relación con sus palabras. Cuando no es una negación absoluta. La impotencia de pensar por nuestra propia cuenta, nos obliga a pensar por cuenta ajena. Y a fuerza de repetir máximas de otros, llegamos a convencernos de que estas máximas nos pertenecen. Luego, viene la prueba de fuego que es la obra y no tenemos más remedio que quitarnos la careta. O, mejor dicho: ponernos sobre una careta, otra. La primera careta de la impotencia se resuelve negando la potencia de los demás. O supone que todos son impotentes como ellos. La segunda careta, se resuelve filosóficamente mediante un pesimismo sombrío y bíblico. "Vanidad de vanidades: todo es vanidad. Polvo eres y en polvo te convertirás. ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará. Y nada hay nuevo debajo del sol". ¿Si no hay nada de lo que se pueda decir: he aquí, esto es nuevo, porque ya fue bueno en los siglos que nos precedieron, a qué santo se va a poner a producir él?

Digamos, en descargo de El Predicador, que hay dos clases de pesimismo: el que actúa y el que permanece con los brazos cruzados. El primero revela un exceso de actividad. El segundo, en cambio, revela una parálisis del cerebro. La potencia de crear se sobrepone a toda filosofía y está por encima de todos los vaivenes y penalidades de la existencia. Tanto en el orden intelectual como en el orden físico. El hombre que posee esta fuerza: crea o procrea. El que no: se queda sin descendencia. La esterilidad, en los dos órdenes, responde

a las mismas causas y produce los mismos efectos. Y la justificación no está en la Biblia, sino en la patología... Siempre hay: o miseria fisiológica, o miseria espiritual. Y el resultado es idéntico: o tenemos un tullido del cuerpo o un tullido del alma.

MENOS PALABRAS Y MAS ACCION

Dejemos a los tullidos y hablemos, en general, de todos los artistas. Digamos que en casi todas las ramas del pensamiento se registra el mismo fenómeno. La gente habla mucho y hace poco. Los actores, los pintores, los revolucionarios, los poetas, igual, todos. Parecen haber sido engendrados por la misma madre, bajo el mismo clima canoro y sobre la misma línea ardiente del mismo trópico brasileño...

Hemos dicho ya que nuestra raza es singularmente prometedora y palabrera. Le agrada más rascar la sarta de su pereza con la conversación o con la guitarra, que coger un pico o una pala y rajarle las entrañas a la tierra. Confesemos que nos seduce más el proyecto de una obra que la obra en sí. Para planear acontecimientos, nadie, nos pisa la tierra. Donde fallamos, es, desgraciadamente, en la ejecución. Estamos tan habituados a masturbarnos intelectualmente con planes de tanta índole, que una vez sentadas las bases de cualquier empresa, nos acostamos a dormir sobre los rayos, como el que se estuviera ya realizada. Es así que la inmensa mayoría de nuestras iniciativas, no traspasan, nunca, los límites de nuestra imaginación. Vale decir: se quedan en iniciativas. Somos ricos en proyectos, pobres en realización. En la hora del plan hay exceso de concurrencia. En la hora de la acción; no hay quorum. Algunos derrochan sus mejores energías planeando constantemente hazñas que jamás realizan. Otros son genios cuando hablan, Pero, cuando se ponen a escribir se guardan bien de dejar ligeramente intacta su genialidad en el tintero.

Algunos nos parecemos a cierto boxeador paralítico, el cual, a pesar de estar postro en una silla, toxis los días concombatiendo mentalmente matches feroces, donde le rompía las narices a cuanto contricante se le presentaba. Con la lengua: somos unos jabales. Con los brazos o con el cerebro: unos renacuajos. Como él, este mundo poco, a cada momento, exige de los demás implacablemente todo aquello que, bien mirado, nos debíamos exigir a nosotros mismos. Se da el caso de autores que escriben reglamentariamente bodrios y mamarrachos y que luego se plantan frente a un público serio, (como hizo García Velloso, quien dijo

que "no creía en Pirandello") se plantan, decimos, frente a una obra seria y opinan con la frescura de un enano que se pusiese a enmendarle la plana a un gigante.

A los autores nuestros les podría recomendar lo que un filósofo le recomendó a Lamartine. Sucede que Lamartine pensaba cinco minutos y escribía una hora. El filósofo, en cuestión, le dijo que hiciera lo contrario. Esto es: que pensara una hora y escribiera cinco minutos.

Sí, sí: escribir menos y pensar más. Trabajar, primero: después, charlar. Y no charlar, primero, y después, no hacer nada, o hacer algo peor, que es lo único que algunos autores hacen. Medir bien el alcance de nuestras fuerzas y no querer meterse a volar una torre cuando no somos capaces: ni de reconstruirla, ni de echarla abajo.

EL COMICO DELIRANTE

Retomando el asunto de la acción y de las palabras, o sea la falta de relación entre la palabra y la acción, hemos des-embocado, sin querer, en el escenario. Allí, está el prototipo del proyectista fogoso y prolífico, nulo, sin embargo, para la acción. El estado del cómico es un estado francamente delirante. Y lo que se ha dado en llamar "informalidad de los cómicos" no es para nosotros más que un producto lógico de su estado febril. Ningún artista siente tanta necesidad de hablar como él. Tampoco, ningún artista presta menos atención a lo que él dice, o a lo que se le dice a él, que el mismo. El cómico habla magistralmente con un autómata. Ni escucha a los demás, ni se escucha a sí mismo. Al apuntador lo escucha a medias, forzado por el director y apremiado por las circunstancias...

No queremos decir que todos sean idénticos. Eso, no. Pero, la mayoría es así. Andan juergueros, como fuera de las tablas, mientras conversa con alguien se halla totalmente ausente del lugar. Pero, por eso, no deja, claro está, de seguir charlando. Mira a todos lados, menos a su interlocutor. Digamos que su ausencia, no se debe a que esté absorbido por una preocupación mayor, ni es el resultado de una abstracción shakespeariana; no: su ausencia, se debe, en primer término, a que está tan acostumbrado a oír la voz del apuntador, que supone, luego, que todos son apuntadores que le están soplando las mismas gansadas. Y en segundo término, a esa suerte de narcisismo espiritual, que en mayor o en menor escala, padecemos todas las personas inteligentes que nos torvamos y nos petamos. El cómico se admira tanto a sí mismo, que no le sobra ningún tiempo para

admirar un poco a los demás. Siempre está con cara de "después de mí: el diluvio".

Digamos que el trabajo brutal a que se lo somete, en la actualidad, no le permite realizar nada cumplidamente: ni pensar, ni leer, ni trabajar. Menos: meditar. Ha substituido la meditación por el vagabundaje intelectual y el trabajo, por la conversación. El cómico no trabaja: habla. Dice su papel y se desahoga. La velocidad y la intensidad que se le imprime al espectáculo para ultimarlo dentro de la hora reglamentaria, apenas si le permite vomitar el texto. Se le obliga a hablar tanto que el hombre después de terminar el espectáculo, por razones puramente físicas, está hablando como si aún no hubiera terminado su obligación. Y si en el escenario, el pobre, ignora lo que dice, no hay que suponer que recobre el juicio, en cuanto lo abandona. Apagamos esta tristísima verdad para atenuar eso que se ha dado en llamar "informalidad de los actores": el cómico delira. Arde como todos los elegidos entre las llamas sagradas del fuego de la inspiración. Crepita y chisporrotea. Pero todo su furor es una trembada crispación capilar que ni siquiera agusta a los ratones. El cómico jamás se niega a participar en ninguna empresa noble y está dispuesto siempre a prestar su concurso para cualquier movimiento de renovación, pero, desaparece uno o dos días antes de que el movimiento o la empresa se lleven a cabo. Hay tal contradicción entre su vida y su conciencia, que, cuando permanece un mes sin trabajar, al verse, como quien dice, frente a frente consigo mismo, o se suicida o se vuelve loco.

OTROS MAS QUE HABLAN Y SON TRES

Ultimamente, hubo, aquí, cierto revuelo entre la juventud para renovar el teatro. Se partía de una base muy sólida como es la necesidad urgente de renovarlo. Al principio, todo era grandes proyectos y terribles amenazas. La juventud, se mostraba, entonces, triunfante y arrolladora. Se había encendido y tronaba contra los mercaderes que se introdujeron en el sagrado templo de Talía para comerciar páfidamente con la honra de sus encantos. Lo que menos se proponía era sacarlos a patadas a todos. Por fin, se concretó algo: "Teatro Libre". Un grupo se comprometió a una especie de cuartel general para emplazar las ametralladoras de la juventud triunfante, etc., y derribar el edificio del viejo teatro para construir otro nuevo.

Ahora sabemos que la mitad de lo que

se dijo no era más que humo y paja. La mayoría de los autores nuevos que se presentaron allí, eran iguales o peores que los otros. La novedad no consiste tan sólo en que el autor sea nuevo, porque un autor nuevo puede escribir una obra vieja; la novedad consiste en hallar nuevas formas escénicas y nuevos conceptos de construcción. Sangre nueva y nuevo aliento. Una respiración propia y no una respiración artificial. Hay que confesar que de cien obras, de las presentadas allí, noventa habían sido escritas por gente asmática o por gente que tenía vegetaciones en la nariz... Predominaba el salnete o la fantasía podrida desahuetada. Pero, si el salnete fué, precisamente, lo que más desagradó a nuestro teatro, no es posible, entonces, que rer curar una peste con otra. La renovación del teatro, si bien exige gente nueva, exige también inteligencias nuevas, o, simplemente: inteligencias.

Afortunadamente, en lo que se refiere a la iniciativa en cuestión, sabemos que hubo una selección prolija, la cual quedó un precioso remanente. Y sabemos, también, ahora, que si los muchachos de "Teatro Libre" no promueven la renovación, imprimirán al ambiente, por lo menos, una saludable sacudida. Y sea como sea "Teatro Libre" se propone, por sobre todas las cosas, crear el instrumento que la renovación del teatro necesita. Y aunque su labor no vaya más allá, con esto, basta. Más que de una espada de combate, se trata, como puede verse, de una herramienta de trabajo. Taller y no tribuna.

Atendiéndonos, finalmente, a ciertas declaraciones de un grupo, nosotros, también, convenimos con ellos en que la renovación se hará con obras y no con gritos y amenazas.

LOS TRAFICANTES DE LA GLORIA

Prólogo. Año 1915. Una familia compuesta por los padres, un hijo casado y una sobrina huérfana. El hijo está en el frente. Sobre un aparador hay una pequeña fotografía suya. Hace seis días que no tienen noticias de él y están todos preocupados. Un viejo amigo que los visita, les envía esa preocupación, pues ha perdido un hijo en la guerra, lo que constituye una circunstancia trágica. Surge el sujeto influente que puede hacer volver al hijo al hogar. Todo lo que debe hacer el padre es facilitar ciertos datos de su oficina sobre unas licencias. Pero el padre es un hombre honrado, y pone en la calle al mercader. Poco después un empleado anuncia la

fatal noticia: "Murió heroicamente... una citación admirable".

Acto primero. Año 1924. No se es en vano padre de un héroe. Progreso en el empleo y condecoraciones. La viuda del soldado se ha casado con un rico de la guerra y de cuando en cuando visita a sus primeros suegros para confundirlos con su lujo. Ha empezado el culto del muerto. El retrato ha sido trocado por otro de mayor tamaño. El padre lee a su viejo amigo un trozo de un libro distribuido en las escuelas, donde se hace especial mención de la forma heroica que cayó el hijo. El mismo sujeto influyente y enriquecido con la guerra acompañado de un comandante, vuelve a ver al padre. Hay que salvar a Francia del comunismo y le propone al padre del héroe la jefatura política. ¡Diputado!

Acto segundo. El retrato del héroe mucho más grande. En plena política. Se ha reparado con profusión un volante donde se reprocha al padre la carrera política alcanzada explotando la memoria de un mártir y que era enemigo de la guerra. Hay que contestar y no se duda en mutilar una carta del héroe y cambiarle totalmente de significado. La única que protesta y comprende es la prima: "Padrino, es suplico no continúes esta horrible cosa. Sabéis cómo él ha sufrido. El no aprobaría lo que estáis haciendo". Al final del acto, un desconocido interrumpe al padre que repite su discurso con énfasis: "¡Muerto! Bajo esta piedra, entre sus compañeros de armas reposa para la eternidad. Pero la gloria... ¿Quién es? ¡Entre! El desconocido: "Soy yo". El padre: "¿Quién?" El desconocido: "Soy yo... tu hijo". El padre: "¿Mi hijo?" El desconocido: "Sí, yo, padre." El padre: "¿Tú, después de diez años?"

Acto tercero. El hijo pregunta por su esposa. Se retarda la explicación. La política ya bien, el triunfo asegurado para el partido de los caídos en la guerra. Pero la llegada del hijo lo echa todo a perder. Sin embargo, no es gente de arreararse. Para el hijo las

cosas se van explicando. Exige que su prima le diga la verdad y sabe por ella que su mujer se ha vuelto a casar. Se encuentran y todo se justifica. El egoísmo mata todos los sentimientos. Ya no tiene más mujer. Mientras le ocultarán a todos para no interrumpir el triunfo político.

Acto cuarto. Escritorio del padre del héroe en París. El padre en trance de ser nombrado ministro. El hijo le reclama a su padre la revelación de su vuelta. Quiere su nombre. Pero ni aún esto obtendrá. El padre le hace ver los inconvenientes. Después de su aureola, el ridículo. Debe amar su muerte gloriosa. Los enemigos políticos aprovecharían su vuelta para escarnecer a todos ellos. Nadie creería que lejos de haber muerto hubiera estado herido, prisionero y casi loco, diez años en un hospital de Alemania. Es una posición falsa. En cambio, otro nombre facilitaría la solución. Son inútiles sus protestas. El padre del héroe es nombrado ministro. Los complotes políticos están reunidos. Con el nombramiento viene un obsequio de los electores: un enorme cuadro con el retrato del héroe. Abajo los sombreros ante el héroe. El único que se descuida es el hijo, quien pide disculpa: "Excusadme, la emoción..." (Saluda al retrato inclinándose). "Lo he conocido tanto".

Esta pieza que hemos intentado sintetizar y que hubiera firmado Mithrae, se titula "Le Marchand de Gloire" y son sus autores Marcel Pagnol y Pablo Nivola. Fué representada en París con gran éxito hace algo más de dos años, trasponiendo luego las fronteras. Es la traducción de la post-guerra y pinta maravillosamente el aprovechamiento del dolor y la muerte de los caídos. Creemos que "Teatro Libre" debería traducirla e incorporarla a su repertorio, seguro de hacerlo con una pieza valiente que constituye la mejor acusación contra los traficantes de la gloria de los caídos en la gran guerra.

Giordano Bruno Tasso.



Gabriela Mistral escribe al autor de "Como educa el estado a tu hijo"

Publicamos esta carta de Gabriela Mistral, fechada en Francia (Fontainebleau), donde actualmente se encuentra, y dirigida a nuestro compañero de tareas Julio R. Barcos con motivo de la aparición de su último libro. Recomendamos su lectura especialmente a todas aquellas "maestras que se avergüenzan de venir del pueblo y olvidan toda solidaridad con su carne y viven en la indiferencia más absoluta con respecto a los problemas obreros que tienen tanta relación con la escuela." También se la recomendamos a todos aquellos escritores que empiezan entre nosotros a "chupar el veneno del nacionalismo" destilando una literatura xenofóbica para "que se preserven de la infección que está corroyendo a Italia, a Francia y a Alemania." Y, por último, al "informado y atento" ministro de Instrucción pública, a fin de que la "Argentina, con esa intrínseca tan suya", tenga, en efecto, "la honra de probar y de ensayar los tipos nuevos, los mismos de gobiernos que de escuelas."

Me ha llegado su libro en momento de mucha pesadumbre. La Asociación de Profesores de Chile, la única agrupación de hombres que yo sentía viva en Chile, cuyo coraje me hacía esperar en una volteadura de la escuela primaria y cuyos pequeños errores yo miraba sin enfado, por agradecimiento de la entraña cargada de bien que les sentía, o se ha acabado o se acabará pronto. Caen por un escándalo que se ha levantado en torno de ellos por gente que no los ha oído sino que ha obrado por el muy vil "dicen que dicen", con lo cual en nuestra América se mata la reputación de un hombre o de un grupo. Una Vd. este duelo casi personal a la pena cotidiana que siento observando en Europa el éxito creciente de un nacionalismo rabioso que prepara otra guerra para de aquí a 5 ó 10 años. Los libros que la soberbia local y el odio hacia el que tiene su casa ahí cerca, al otro lado del río, como quien dice. Acaba de proponerse a la Cámara francesa una ley que amovillará viejos, mujeres y niños en tiempo de guerra y que... declara que los intelectuales deberán ajustar su criterio al de la nación —léase del Estado— y adoptarlo en su respuesta (artículo de diario, libro, etc.). Lea Vd. en la Revista "Europa" la noble mitad de la América nuestra en caciagozo, en no se qué resurrección de la tribu, y el corazón se aprieta...

Su libro me ha confortado un poco. Un poco, porque, aunque Vd. diga que el fondo suyo es optimista a mí me parece más bien desesperado. Los enemigos que Vd. señala son muy fuertes y hay todavía más enemigos de los que Vd. exhibe. De todos modos conforta ver un valor cívico completo que se pone en medio de la plaza a pedir salud, desinfección, lealtad y hora meridiana para la educación popular, sacrificando con ello amistades, paz, sosiego y hasta reputación. Porque al vociferar de males le va muy mal en este mundo, amigo Barcos.

Ordene un poco esta carta, en bien suyo y mío.

LA ARGENTINA—

Se conoce que vivimos "pared por medio" en la semejanza de nuestras miserias. Su formidable crítica conviene a la enseñanza nuestra absolutamente. Acaba sírvase lo mismo para el resto de la América. Por ser común el mal, debería hablarse de él sin quemadura de amor propio. Hay verdaderas taras de raza en esta dolencia de la educación sudamericana. El español era, y sigue siendo, magnífico tipo de hombre, pero estaba tarado de estas llagas: el sentido aristocrático de la cultura, la pereza y la vanidad metidas dentro de sus aristos, un desdén fabuloso, un desdén insensato hasta la estupidez, del trabajo manual, cierto apego a la letra que apaga el espíritu, a pesar de sus místicos que odian la letra; y la consabida falta de

organización que hizo su fracaso de colonizadores. Vd. sabe, mi amigo, que muy a la larga se mella una herencia; un siglo apenas si la muerde.

Pero volvamos a la Argentina. Al revés de los que llaman a Vd. un sin patria, yo le siento un celo tan vehemente que quema, por la honra de su país. La Argentina se creó, con Sarmiento, un fincista educacional, cierto mayorazgo de la cultura democrática que fincaba — y finca todavía — especialmente, en la escuela primaria. Le tocó en suerte dar el primer presidente que no era ni un matón ni un trapacista de la política, es decir, que no pertenecía a ninguna de las dos castas fértiles del hombre público sudamericano. La Argentina es grande porque el anverso de su riqueza — cosa esta novicia a un pueblo de todos los tiempos — es precisamente el Sarmiento civilizador, con pasión no vista sino en nuestro Vasconcelos, de construir al hombre español de nuevo, en fealdad humana y en cultura. Quiéscalo, la Argentina, su Sarmiento y, con San Martín y todo, y aunque yo respeto muchos hombres suyos, ella pierde los dos tercios de la mayoría de edad que la atribuímos los segundones: Chile, Perú, etc. Vd., pues, con su sarmientismo, vigila lealmente la honra argentina. Es su país quien debe quemar el primero la escuela vieja, antes de que la pollita se extienda por su cuerpo con esa suavidad de algodón por la cual los otros maestros no se dan cuenta de su mal; es la Argentina quien debe volver a decir la palabra de salvación para ella y para los demás. Yo creo que lo hará: yo he sentido a su tierra un pulso vital y una voluntad de creación que sólo se siente en Norte América, y que me ha conmovido.

Díra alguno: ¿Por qué se mantiene ese ritmo poderoso de vida si la escuela, como se dice, está agorrotada? Sencillamente porque en la Argentina las enfermedades crónicas son enfermedades de detención por esta inmigración enorme que los demás países nuestros no tienen y que le manda en 10 años la sangre que los demás rejuvenecemos en 50. Que la Argentina con esa intrepidez tan suya, que le aportan el alemán, el judío y el italiano, quiera ser el Discóbolo de ésta y todas las reformas, y siga aceptando la honra de probar, de ensayar los tipos nuevos lo mismo de gobierno que de cultura, que pasaron desde que los otros países. Corresponde a los organismos ricos este lote de riesgo y de hazaña.

Mi amigo, yo creo en mi ministro Sagarna. Lo he conocido una sencillez llena de modestia, que es la puerta abierta por donde pueden pasar muchas iniciativas. Porque la soberbia mestiza, la ridícula soberbia de nuestra gente y que yo he probado cuántas veces en el Ministro analfabetamente olímpico (perdone el vocablo de cortijo), señor teso de la puerta de que el ministro le abra la mano, el señor diablo, el meteco hecho personaje oficial por nuestras pobres políticas, ese sí para en seco las iniciativas. Un hombre que no oye porque no está nunca seguro de sí sabrá contestar, y que, sobre todo, hace entre él, ministro por una semana o un mes, y el maestro primario, hombre de vida entregada a un oficio, un espacio que ni los dioses griegos establecían de cielo a tierra, es criatura con la que no cabe sino la sonrisa de desesperación. Yo que no sé reír y aliviarlo con la ironía viví minutos fui maestro desesperado de mis manos y mis sesos inútiles, puestos por el reglamento, al margen de cualquier creación eficaz.

Hay más que acogida cordial en el ministro Sagarna: él lee, él recibe el reflejo del movimiento educativo de otras partes. Es un informado y un atento. De su inteligencia no hablo, aunque la tiene; la inteligencia está desacreditándose mucho en la América... Se entiende casi todo y no se hace nada, porque la pasión del bien no la calienta.

¿Por qué no habíamos de formar una "Liga sarmientana por la educación nueva" en la América, y llevar al doctor Sagarna sus aspiraciones? Créame que cuando he pensado en este grupo de libertadores de los niños (los libertadores de hombres hicieron su faena en San Martín) yo cuento de anticipado con él y no cuento con más de dos ministros de Estado en los otros países.

EL ESTADO DOCENTE—

Como a Vd. me parece a mí calamidad el Estado docente, especie de trust para la manufactura unánime de las conciencias. Algún día los gobiernos no harán sino dar recursos a las instituciones y los particulares que prueben abundantemente su eficacia en la educación de los grupos. Pero Vd. odia la escuela católica, y ella dentro de esta norma nueva deberá tener el mismo derecho del grupo socialista o del judío a enseñar bajo su doctrina. La escuela neutra no existe, mi amigo, y lo que se llaman los ladinos es una criatura confesional como cualquiera. En Francia esta escuela neutra es Spenceriana o cosa semejante, Jacobina, radical, etc., no neutra. Entiendo su pensamiento y como Vd. amaría una especie de luz blanca, de escuela que respetara al niño en su alma prodigiosamente, sin armarle para matón de ninguna secta. Pero ya lo he visto con angustia: eso es utopía. El mal menor, el respiro de esta asfixia del Estado docente, está en el acrecentamiento de la iniciativa par-

ticular. El Estado sigue siendo y será siempre Napoleón que movilizara los pobres almas de los niños para afianzar el imperio, dando credo social, credo económico y... credo religioso. Imposible — hoy por hoy — eliminarlo como educador de hecho, aunque no lo es de derecho. Disminuyámosle campo, reclamémosle la mitad del dinero de las contribuciones para levantar las escuelas libres; escuelas con ideales, mi amigo, con el tipo nuevo, con el niño otra, organismos netos con rumbo confesado, socialista o capitalista, sin caretas.

Sé que Vd. se me ha entristecido en esta parte de mi carta. Ahonde en su pensamiento y verá que Vd., en el fondo, rehúsa, y violentamente, la escuela neutra. Vd. quiere dar a los niños principios anti-capitalistas. No hay neutralidad en lo referente a la economía del mundo. Vd. desea soplar aventando del niño la idea religiosa (generalmente muy torcida e incompleta) que lleva el niño de su casa. Vd. sacará un ismo y pondrá otro, porque todo es ismo, mi amigo, y la luz blanca es artificial. Los únicos neutros verdaderos que yo conozco son los tontos. Nada dan, porque nada tienen; no pueden colorear si adentro les falta el añil o púrpura. Y aún éstos, por necios, suelen, pretenciosamente, para "hacer que hacen", juntar ideas opuestas y confeccionar para el pobrecito niño un tapiz insensato de remiendos imposibles.

Vd. se extrañará que una "que quiere la paz" esté aconsejando la guerra con esas escuelas, todas confesionales. Me he desengañado de muchas cosas; he visto la hipocresía estúpida de las neutralidades y estoy por las fisonomías netas: escuelas según Rousseau, o según don Bosco, o según Spencer. Me irrita de igual manera la extorsión al colegio católico que al libre. Hay una gran probidad en el patronato.

El Estado debería, después de un censo de los habitantes, por credo, subvencionar 100, u 80, ó 50 escuelas de cada confesión. Tiene que servir a una masa heterogénea sin mano homogénea.

Su pensamiento, Barcos, es elevado y superior: le repugna que el niño asome a la vida con un credo, "estilido" "anarquista". Quiere robarlo al padre afilado, atado a una fe o a una política, y que le traspaese verdades que los otros niños ven de sus ojos. ¡Ay, mi amigo, pero recuerde que se lo da Vd. a otro "marcado"! Yo no sé dónde hallaría Vd. los 10 ó 12 mil maestros "luz blanca", santos de destierro cabal, caballeros de la perfecta lealtad, para poner cada uno en su escuela a crear niños sin confesión alguna.

Grave hasta lo trágico es la lucha de espadas en que veo a los pobrecitos niños y que yo he seguido de cerca. Padres cristianos, dueños suyos medio día; maestros spencerianos que maniobran durante la otra mitad. En la desorientación enorme que se les crea, ¿no habrá daño mucho mayor que en un fanatismo unánimista? Pero basta de esto.

LOS MAESTROS—

Vd. ha dicho en su libro algunas cosas fuertes a los maestros. Pudo ir más lejos. En la calamidad pública que son nuestras escuelas, aunque el Estado lleve la mitad de la culpa, tenemos que, desde ahora, honrarlos, sin armas de comparatos que la otra mitad se la dividen maestros y padres, y mucho más toca a aquéllos que a éstos.

Yo conozco maestras que jamás, pero jamás, han gastado un peso en un libro o una revista para no dígnoslos mejorar, completar sus conocimientos. Yo he visto centenares que no acuden a una reunión de profesores sino cuando van a tratarse cuestiones de sueldo. Yo conozco en ellas especialmente el renegamiento de su clase, la vergüenza de venir del pueblo, el olvido de toda solidaridad con su carne, el ningún sentido de clase, la indiferencia absoluta por los problemas obreros que tienen tanta relación con la escuela. Yo he visto — especialmente en las mujeres — una mundanidad desenfrenada, pasión ingenua y tonta del lujo, consecuencias limitadas y cerviles, curvas de lastre de prejuicios; beatría sin cristianismo y otras cosas más. Le habla a Vd. una antigua maestra primaria que hizo su carrera desde la ayudantía de la escuela rural y que ha visto "el pez pedagógico" de las diversas zonas del mar, hasta llegar al vanidoso pez secundario.

Ustedes tienen que trabajar particularmente en hacer de nuevo como quieren todo a la maestra primaria. Es necesario que ella sea una mujer para la democracia americana, toda la fuerza social que obra en beneficio de la purificación y la elevación de las masas populares; no una Luisa Michel de la barricada, pero sí una doctora Delleplane, una Luisa Luisi, una Concepción Arenal, una Carmen Lira, una Palma Guillén, de México, una María de Maetz, de España; todo esto sin desaforado sufragismo, con brasa espiritual, ideas claras, coraje y sentido heroico de la vida. Nuestro amigo García Monge cree mucho en una América echada a perder por los hombres y salvada por las mujeres. Dios le oiga y su hoja sea, y sus libros los que se llaman "Repertorio", las junte, las oriente y las decida. Yo, mi amigo, comienzo a envejecer.

Procura decir desde aquí cuanto cosa excelente veo en las escuelas. Hago lo que puedo, hice lo que pude y reconozco que fué poco. También sé sobre mí el estado docente, centurión que fabrica programas y que apenas deja sitio—como hurtado—para poner sabor fuerte de alma.

Yo espero mucho de la lectura del maestro. No le pidamos, por ahora, sino que se informe de las escuelas nuevas, que gaste un centésimo de su sueldo (rea que poco es) en libros y revistas. Estimulen ustedes la lectura en común, con comentarios, con ejercicio de discusión y con ambiente familiar. Crean ese ambiente precioso de fraternidad de los primeros cristianos, que es más que la familia, que es un estado sobrenatural de carlino por un pensamiento al que se ha jurado la entrega de sí mismo. Yo desdénese esas sesiones académicas de maestros en que se leen actas, se vota sin interés, se lee con lesura y se pelean los cargos del directorio. Otra cosa muy diversa habían logrado crear en Chile los pobres maestros de la Asociación de Profesores Primarios. Hay que trabajar con las únicas fuerzas constructivas, las del corazón, y con las de las ideas, pero organizadas por el espíritu, que es el solo levantador de catedrales. Sin él, se aglomera hombres, no se les unifica; se crean cuerpos en vez de organismos. Veo Vd. lo que son la mayoría de las sociedades pedagógicas: ¡qué heladas, qué impotentes y qué inútiles!

LA ESCUELA NUEVA—

La Escuela Nueva, mi amigo, es una creación espiritual y sólo la pueden hacer hombres y mujeres nuevos, verdaderamente asistidos de una voluntad rotunda de hacer otra cosa. El que la logra es que la llevaba adentro. Perdóneme la palabra algo eclesiástica: necesita la escuela nueva maestros que posean la gracia. La gracia significa para mí movimiento inédito del alma; cierta alegría de crear que Dios da, y que contiene su gozo del génesis; una convicción completa de que la verdad adoptada es la mejor; ninguna concesión a los consejos del pasado abolido; ningún resqueipo por donde se cuecen la muerte, el desaliento, el hombre viejo; un fervor del niño que se ve en la cara y que caliente las palabras, que se mire en el gesto y se haga palpable en las más menudas acciones; una fe desenfrenada, en que de veras el niño es la salvación de todos, carne en que va a hacerse la segunda carne, carne que no va a oprimir, ni a matar y que no ha venido en vano. El niño es Cristo que trae volteada de los valores y que no aceptó ninguna de las supersticiones sociales del imperio Romano ni del pueblo judío.

Cuando la gracia nos ha cogido y nos ha quemado ideología, costumbre y manera vieja, entonces se puede de la escuela nueva. Que los que se piden con esto no vengyan a hacernos adhesiones que, además de no servirnos, desnaturalizan nuestro trabajo y le ponen material, pedantería o tompeza.

LOS PADRES—

Vd. se queda de la influencia de los padres. Yo me quejo con Vd. especialmente del padre. La madre, ignorante y a veces torpe, da lo que tiene; el hombre no hace por el hijo más que el animal: le lleva el alimento (cuando se lo lleva), que ahora el feminismo victorioso permite también que la mujer a una vez alumbre, críe, trabaje y pague la casa...

Con las madres puede hacerse mucho, con las no emancipadas, que renuncian a la vida social siquiera en parte, para educar a sus hijos, o cuando menos asistidos con su presencia. Con aquella legión de madres ricas, que han entregado sus niños a todos los extraños para que hagan de ellos lo que les plazca, a la niñera, a la maestra mala, a la calle todopoderosa, con tal de seguir los espectáculos estúpidos de la estación y hacer la "gran dama 1950", con esa no hay que hacer: fué una máquina que a su pesar entregó un niño, pero que no muda el niño en hijo.

Esas sociedades de madres anexas a las escuelas podrían asistir a las lecturas colectivas de los maestros, tomar parte en las discusiones, adoptar lentamente la escuela nueva. Maestra hábil cogerá siempre a la madre, con el interés que le prueba, de su criatura. Yo vacilo en aceptar el reemplazo que Vd. desea, de la madre por la maestra, por una razón: la maestra rara vez es digna de reemplazar aún a la madre. Yo veo a los niños en montón, entiendo el servicio como a una clientela, con sus conocimientos, pero no los ama de manera profunda, y no puede reemplazar a la otra para la cual el niño Pedro o Juan existen individualmente. La madre sigue siendo, mi amigo, la fuerza más linda de este mundo, con la renovación de la vida (siquiera física, que ya es material para que otros trabajemos en eso); la madre danzadora de charleston se suele mudar a los treinta años y volver a lo suyo; cuando en ella una obra el espíritu obra el instinto lo cual ya es mucho, para satisfacer su bienestar a su criatura. Hay que ayudarla sin disputarle a su chiquito. Yo no sé de manera humana más maravillosa que la de una madre verdadera al lado de una maestra,

verdadera, inventando en juegos y en lecciones argucias y maneras para sacar luces de una criatura. Con esa pareja se puede hacer el hombre nuevo que queremos, el de buenos humores, alegre, solidario y lleno de inteligencia.

Al lado de las torpesas y las atrocidades de la escuela zurda, las torpesas de la madre quedan pequeñas. Al cabo ella no ha estudiado para formar una mente; al cabo a ella no se le llama nunca "salvadora de la patria" y otras majaderías.

Por otra parte, si Vd. hurza con lentitud en la madre superficial o necia, le asoma tarde o temprano la maestra que a ella misma la hizo, sin ningún sentido superior de la vida y sin interés sobrenatural del prójimo. Maestras que se avergüenzan de venir de la clase modesta, no son las que, llegadas a las alturas de un liceo, vayan a enseñar democracia, a explicar con vehemente interés el trabajo de los hombres, el derecho de los obreros a vivir una vida hermosa, después de crear los objetos hermosos que crean, y sobre todo no son ellas, mujeres a veces de corazón seco y pobre, las que digan a la juventud que educan que el oficio de ternura que es la maternidad supera a cualquiera otra excelencia humana.

NACIONALISMOS—

Me han interesado enormemente sus opiniones sobre la incontinencia patriótica y el nacionalismo. En Europa yo leo cosas está abundante literatura xenófoba, que cubre Italia, Francia y Alemania. En América se comienza a chupar este veneno. La idea de imperialismo hace olvidar todo a estas gentes: religión cristiana, que es religión venida del ser que más olvidó el país suyo y que jamás nombró a su Judea; cultura, que quiere decir en buena parte internacionalismo, aceptación del conocimiento superior, venga de donde venga; decencia en las costumbres—ya se apedrea aquí en Europa y se injuria al turista—; educación de los niños, que es enseñanza y aprovechamiento del mundo. La América nuestra, en esto como en otras cosas, recibe la infección y la adopta.

Barcos: se me quedan cuarenta asuntos de su libro sin tratar. Para otra ocasión, si yo lo veo en Buenos Aires un día, o si Vd. llega por aquí a visitar las lindas esculturas de Ferrière y de Decroly, hablaremos del formidable problema de las normales, y de otras cosas vitales.

He recibido en estos días la invitación a esa Convención Internacional que Vds. proyectan y de la que puede salir, fácilmente, la Liga Sarmentiana a que yo aludía, sobre reforma de la escuela americana, con tendencia social. Téngame por adherente. No podré ir, pero procuraré mandarles algún trabajo. Yo los felicito con el corazón entero.

Y dejo abierta la conversación, y lo felicito por el bravo corazón de hombre que Dios le ha dado para batallar contra la rutina y la estolidez, en bien de los pobres niños.

G A B R I E L A M I S T R A L





ARTES - PLASTICAS

BOLICHE DE ARTE

Hay, sino se cerró todavía, en la calle Corrientes 641, una exposición de pintores de vanguardia. Los llamamos de vanguardia, porque ellos se califican así. Analizaremos más adelante en qué consiste su vanguardismo. Antes de penetrar en la sala, miremos el catálogo. Una cubierta de un amarillo espeso encierra el nombre de las obras y de los autores. Se advierte, en seguida, una gran revolución en la tipografía... Todos los nombres están con minúsculas. Esta modestia exterior se parece mucho a la modestia de esos sepulcros blanqueados por fuera... El catálogo empieza con la reglamentaria presentación de los héroes. Se ve que la gente "avanzada" no ha podido evitar aún la clásica charlita de presentación, clásicamente insulsa e inofensiva. Lo que en literatura se llama "prologueto". Esta anticipación la suscribe un hombre de reconocida modestia que se firma humildemente Atalaya. Como si dijéramos: Chimborazo... Empieza así: "Escuelas y personalidades". (Este es el título). "¿Pintura joven? ¿Pintura avanzada? ¿Arte viviente, como suele decirse en ciertos distritos intelectuales de París? Convergamos, de una buena vez, que todas estas son frases y palabras... Tienen tantos sentidos y acepciones como cada uno desee otorgarle caprichosamente. El arte, aún sin minúscula, ha sido siempre joven, avanzado y viviente. Desde los egipcios, los griegos hasta los góticos. No discutamos sobre tal punto. Para entendernos claramente hemos de volver a convenir que en esta era de individualismo, por encima de las doctrinas y escuelas, se hallan las personalidades. Nada prueba con tanta fuerza esta aseveración, como este conjunto de doce o trece artistas de diferencias tan hondas en la visión, en las tendencias y procedimientos. Los pintores aquí reunidos lo único que los ata es el espíritu aventurero de una jamás saciada inquietud. Todos están en marcha en una búsqueda de sí mismos. Por ese carácter de aventuras y de andanzas, por todos los sectores del arte actual, este grupo de temperamentos tan dispares es una pequeña **demostración viviente de cómo el arte argentino** va lentamente torciendo por otros rumbos de más salud plástica, etc."

Bien. Pasemos por alto que "estos jóvenes" eran jóvenes hace veinte años, cuando nosotros empezábamos, y que por aquel entonces estaban empujados como ahora en "una búsqueda de sí mismos", y gozaban ya del mismo espíritu "aventurero de una jamás saciada inquietud". Pasemos por alto, también, eso de que los pintores revolucionarios, dotados naturalmente de un espíritu universal, se pongan a hacer "arte argentino". Y entremos a la sala. Digamos que hasta la fecha habíamos asistido a muy pocas exposiciones de arte "viviente". Fuera de Petrorutti y de una exposición francesa que se exhibió a la vergüenza pública en el Müller, no conocíamos más pintura de vanguardia. Evoquemos los nombres de los expositores del **boliche de arte**, así, con minúsculas, y trascríbamlos la lista, con minúsculas, también: badi, ballester, berdia, del prete, forner, giambiagi, gómez cornet, gonzález roberts, guttero, pettorutti, pissarro, sibellino, tapia y xul solar. Trascríbamlos, asimismo, los títulos de las obras "naturaleza muerta", "la emigrante", "el emigrante", hip, hip, hurra", "paisajes", "figuras", "Retratos",

"cabeza"... ¿No habíamos quedado en que la cabeza era una invención del realismo? ¿No habíamos quedado, también, en que la "naturaleza muerta" era un engendro de academia? ¿No estaba muerta la "naturaleza muerta"?

Hasta aquí los revolucionarios plásticos se han limitado a suprimir las mayúsculas. El resto: igualitos que los otros. ¿Es que hay alguna afirmación de conceptos modernos, de visiones nuevas o de interpretaciones distintas?

Entremos y examinemos las obras. De golpe, nos tropezamos con la "afirmación" del "joven" Carlos Giambiagi. Media docena de acuarelititas de esas que hacen los chicos en las escuelas primarias y que constituyen las delicias de sus tremendos progenitores. Luego viene un atentado al óleo, que dice ser un paisaje de Misiones. Aquí se pone de relieve una visión de color, lamentable y atrasada. Lo que los del oficio llamamos "pintura italiana". Troncos de árboles, tierra quemada, la maleza de rigor, verdes sucios y destenidos, y, hacia el fondo, la consabida nota luminosa. Pintor candorosamente "imaginífico", Giambiagi, ve lo blanco blanco y lo negro, negro... Poi que se ha dicho que el campo es verde y el cielo azul, Giambiagi ha caído en la cuenta que el cielo y el campo se resuelven con azul y verde. ¡Hay maleza! ¡Verde! ¡Hay puesta de sol! ¡Rojo! ¡Aparece una figura! ¡Negro! La mejor manera de resolver una figura es no mezquinarse al negro... Así no se ve ni la figura ni la falta de capacidad para dibujarla. ¡Síntesis! Allá él. Para nosotros, Giambiagi se equivocó una vez más sin haber acertado nunca. Y en su caso, es doblemente condenable, porque se ha pasado la vida despreciando contra todos los que trabajan y producen y hablando como un maestro cuando no ha pasado, todavía de ser un aprendiz. Giambiagi pertenece a un grupo que ataca despiadadamente a los pocos artistas serios que tenemos. Un grupo al que podríamos denominar en términos vulgares "el grupo de los fajadores". Giambiagi escribe y pega. ¡Y ahora salimos con que él pinta "eso" que ha expuesto! Después de veinticinco años de estudio y de leer a Tolstói y a Ruskin y Ghyau y ser delegado de los "pintores unidos" salimos con acuarelititas y paisajes verdeguantes! Vamos... No hay derecho.

Pero, sigamos contemplando la exposición. Ahora, estamos frente a Pissarro. Este pintor tiene una visión de color dramática. Y eso nos gusta. Si se afirmara en valores plásticos podría ser un buen artista, pero es completamente cerebral. Salvo una transformación total, no podrá salir, seguramente, del lugar donde se encuentra. Le sigue Del Prete, con una "composición" que es algo verdaderamente cínico. No retiramos la palabra. Exponer "eso" es un síntoma alarmante de miseria espiritual. Se trata de una de esas telas de las cuales todos tenemos alguna en el rincón del estudio. Algo que se ha querido realizar pero que no se ha realizado y que colocamos de cara a la pared para que viva allí como un remordimiento de nuestra impotencia. Pero, para Del Prete, "eso" debe ser bueno y lo expone. Nos referimos al boquete de varios desnudos. Llegamos a comprender que son desnudos, claro está, después de penosas civilaciones, pues si nos atenemos al dibujo, podrían ser, también, algunos árboles escapados del paisaje de Giambiagi. Aunque se hallan en distintos planos, son todos de un mismo tono. Pero, veamos: síntesis. Eso es. ¡A ver si resultamos ahora vulgares académicos que todavía hablamos de planos! El plano solo existe en la cabeza de un alcornoque, y, probablemente, en el meollo de Del Prete que aún cree en la luz, en la sombra, en el cromatismo, en el volumen y en las demás frusterías que nos legara el pasado. Pasemos a Xul Solar. Hay, allí, una de barquitos, patas arriba y patas abajo, que nos llevan al convencimiento que este hombre ha sido, sin disputa, uno de los precursores de la catástrofe del "Mafalda". Unas chimeneas "fuman" hacia el cielo y otras

"fuman!" hacia el fondo proceloso del océano. En resumen: una gran "fumada". Veamos a Gutero: quince o veinte años de París: dos carbonos, que según el catálogo son una figura y una composición. Al principio creemos equivocarnos. Nos parece imposible encontrarlos con semejante dama. Volvemos a mirar más atentamente y terminamos por reconocerla: es ella, la misma, la mismita: ¡La pícara Leda! ¡Si, Leda, Leda con el cisne y todo lo demás! ¡El chanchito y los veinte de la pintura! Dispuestos a perdonar, nos imaginamos que el autor tuvo un mal día. Quizás, la pintó un martes, 13, en que se levantó con la pata izquierda.

Dejamos a Leda y pasamos a la composición. Se repite, en nosotros, el mismo fenómeno anterior. Tampoco queremos creer. Se halla, allí, otra señora muy conocida. ¡Eva! ¡Si, la señora Eva con su serpiente y su cebolla! "¿Pintura joven? ¿Pintura avanzada? ¿Arte viviente como suele decirse en ciertos distritos intelectuales de París?" ¡Ejem! "Convengamos, de una buena vez que todas estas, no son más que frases y palabras". De acuerdo. Prosigamos.

Viene, después Pettoruti, futurista rabioso, piedra angular de la revolución plástica, con dos desnudos al carbón. Hagamos notar que están fechados en el año 1913. Pero, la verdad, es que son dos cosas malas y académicas. Alguien nos asegura que ahora El ya no ve así ni realiza así. Esto no interesa. Si El no ve así no debe exponer así. Porque creer en unas cosas y exponer otras revela una falta de consecuencia consigo mismo, impropia de un artista, sea o no sea de vanguardia.

No queremos continuar. Hagamos, sin embargo, una excepción con los dibujos de Gómez Cornet y digamos que el resto es todo igual: igualmente vacío y fátuo. Ahora bien. ¿Estos son los que tanto gritan y tanto pontifican? ¿O es que han llegado a la conclusión aquella del fraile jesuita: haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago? ¿O es que ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el suyo? ¿O es que miran exclusivamente para afuera y no se les ocurre jamás mirar un poco para adentro? ¿Dónde está el revolucionarismo de estos revolucionarios que dibujan en "La Protesta" o acuden como delegados a los congresos obreros? ¿O es que se piensa hacer la revolución con barquitos o con un par de zapatillas viejas o con la señora Eva y su correspondiente manzana? ¿Qué puede interesarle al pueblo semejantes mamarrachos? ¿Acaso esto puede contribuir en manera alguna a fomentar la revolución de las conciencias?

En suma: se trata de una exposición de impotentes. Y decimos impotentes, porque todos ellos han pasado ya la edad de las promesas y hace más de veinte años que viven prediciando lo que se debe hacer y cómo se debe hacer y por qué se debe hacer así, para obsequiarnos, finalmente, los frutos podridos de unos cuantos árboles secos o de una caja de fósforos con un martillito... Todavía están en el croquis y en la mancha. Con este agravante: que han pasado la edad de los ensayos y que pictóricamente estas manchas y estos croquis no valen un pito. Cuando intentan salir de esto, caen en las torpes exageraciones de Xul Solar que no es ni bueno ni nuevo.

Se nos afirma, por último, que el grupo de los "fajadores" habla muy bien. Magníficamente bien. Se conoce al dedillo todos los libros que se han escrito sobre pintura y razona por silogismos como el gerente de la compañía T. A. A. Atalaya es una catarata de palabras bonitas. Giambiagi un manantial, etc., etc. No lo ponemos en duda. Hablarán muy bien, pero pintan muy mal. Y los pintores, tienen que pintar bien, aunque hablen mal.

Guillermo Facio Hébequer.

EL PATRIOTISMO DE MENTIR

Nunca el ejército ha sido limpio y respetable, como afirma Lugones. Los únicos ejércitos respetables fueron aquellos que los civiles improvisaron para combatir la iniquidad, la opresión y la injusticia. Desde el ejército de San Martín, hasta el ejército de Abd-el-Krim o de Trotsky. Cuando este ejército se convirtió en institución, cuando el guerrero por ideal se hizo guerrero profesional, se acabó la respetabilidad y la limpieza.

El servicio de las armas no enseña ninguna moral. Antes, denigra y envilece al ciudadano. Es el aprendizaje de asesinato legal en la época de sus más generosas aspiraciones. Nada más, porque la verdad es que ninguna razón hace del hombre moderno un guerrero; ahora, si las circunstancias lo impelen a la guerra, debemos tratar, por lo menos, que haga la guerra a las causas que originan las guerras.

Si los soldados de la última guerra hubieran sabido que no peleaban por ningún derecho, ni por ninguna libertad, si hubieran podido ver los móviles mezquinos que habían desencadenado la catástrofe, se hubieran dado vuelta contra sus propios países.

Ninguna razón hace del hombre moderno un guerrero. Hasta por la cobardía natural a la que tantos héroes se le deben, deja el hombre de ser un guerrero. Es necesario, pues, que aprendamos a negarnos a ir al sacrificio. Digámoslo ahora, que podemos decirlo. Ir al matadero para mantener este estado de injusticia social, es estúpido. Matémonos, por lo menos, para conseguir un mañana mejor, sin privilegios para nadie. Los proclamales del patriotismo, como Lugones, hablan de la defensa del país. Mentiras. Dicen: somos ricos y tenemos que defendernos. En primer lugar: si en el mundo todo fuera justo, ni ningún pueblo, ni ningún hombre tuvieran de qué quejarse, no habría por qué defender la riqueza de los países. Si esta riqueza fuera del pueblo tampoco habría por qué defenderla: en realidad no existiría.

Riqueza es excedente, opulencia. El producto del esfuerzo humano, aprovechado por unos pocos constituye toda riqueza. No se puede ser rico de otra manera. Ahora, si los que aumentan nuestra riqueza no son precisamente los que necesitan de ella, ¿cómo bien de encaminar nuestra acción hacia los que maldirigen los pueblos, con perjuicio de la paz mundial.

Pero empecemos por afirmar que "no somos ricos". Serán ricos los que aprovechan el trabajo colectivo y las riquezas del país; pero el pueblo, la mayoría, odiada y villendizada, que vive en la miseria, no son ricos.

No se puede hablar de bienestar colectivo en un país de gente sucia, de calles sucias, donde en su principal ciudad de Santa María de los Buenos Aires hay apenas doscientas o trescientas manzanas que aparentan cierta decencia, y el resto es una porquería que avergüenza. Y véanse, si no, los barrios de la Boca, Barracas, Nueva Pompeya, Parque Chacabuco, Parque Patricios y otros que el gobierno ha tenido especial cuidado en no hacer visitar al príncipe de Gales y otros monigotes de paso.

Véanse, si no, los conventillos casi sobre la Avenida de Mayo y la recova de Alem y el bajo Belgrano. ¿Es esto propio de la ciudad rica, en un país rico?

¿A qué llamará riqueza el vate fascista? ¿A vivir a salto de mata, como vive la clase media, que anda de cuellito y polainas y gana como un barrendero? ¿A vivir en la miseria como vive sin excepción la clase obrera?

¿De qué modo se le podría hacer abrir los ojos a este hombre que vive enferrucado en sus libreros y no ve ni siente el dolor de la gente?

Se le podría llevar de la mano para que viese, por ejemplo, que la ciudad está llena de lecherías y que el empleado de comercio es casi siempre un escrofuloso que se alimenta exclusivamente de café con leche, pan y manteca (0.25 y 0.05 de propina).

Se le podría hacer ver que las empleadas de tienda para poder disfrutar de una migaja de la riqueza de los otros tienen que prostituirse.

¿Esto es riqueza? La mugre de Rosario, la mugre de Córdoba, donde el agua potable se vende por litro, ¿dan fe de esta riqueza?

La orfandad de la campaña argentina, el hambre y la miseria de los trabajadores del riquísimo suelo argentino ¿muestran esta riqueza?

¿Es rico un país que no hace más que pedir dinero prestado a todo el mundo? La riqueza existe, naturalmente que existe. Pero la sociedad capitalista no tiene suficiente para sus parásitos y para poder mantener este estado de jaula. Para mantener este estado de cosas, es decir, para defender esta riqueza que sólo ellos disfrutan, de los posibles invasores y de los que se animen a exigir su parte, se invierte en la adquisición de material de guerra y en el sostenimiento de un ejército en pie de guerra, tres veces más de lo que se necesita para que todos los habitantes de este país, sin distinción de nativos y extranjeros, tuviesen verdaderamente de qué quedar agradecidos al suelo que habitan. Porque no es fealdad nacionalismo con chachá.

ra más o menos académica, ni reflejando en los artículos la propia satisfacción o la mala del que está a la diestra del Estado.

No sé si Lugones, admirador ferviente del ejército, ha cumplido con el servicio militar. Yo sí lo he hecho y esto me habilita para decir a los que confían en mí palabra que nada hay tan abyecto como aquella vida, sino es la vida de la prisión. Allí el hombre deja de ser tal para transformarse en el vil sirviente de una caterva de individuos que no tienen otro valor que el convencional de sus libreas. Allí no hay dignidad ni nada, aunque suele haber hombres dignos.

Estos hombres, cuando el pueblo lo exija, estarán de su parte.

No hay en el cuartel otra disciplina que la que impone el terror. Aún así, es falsa. No hay respeto ni consideración por el superior. La brutalidad, la alocución, el vicio, todo está resumido en el ejército.

Para nadie es secreto, excepto para Lugones y sus secuaces, que en el cuartel se adquieren las prácticas más repugnantes. El caso del subteniente Mótola y el del coronel de Hernández hicieron públicas algunas de las lacras que en el ejército existen. Las colmas en todo lo concerniente a la administración están a la orden del día. En el cuartel nos servían sémola con guanos, fideos agrios y desperdicios de carne, mientras los oficiales se hacían traer la comida de la fonda.

Ya se ve, prácticamente, que el ejército no es cosa respetable: los muchachos que pasan por el cuartel no quieren saber nada del ejército.

Los que van a la escuela militar en la edad en que un tambor les enciende el alma de hacer milagros tienen también antecedentes en la familia, y con los años se convierten en los parásitos de la guerra, que tantos millones de nuestra pretendida riqueza insumen para aprender a matar a sus semejantes.

Si este militar es un hombre consciente de su profesión, si siente vocación por su carrera, entonces es enemigo nuestro. Si, a pesar de su carrera, es amigo de la paz y hace el militar como pudiera hacer el sastre, entonces debemos ir contra él, porque vive del dinero público parasitariamente. En todo caso es enemigo nuestro.

Porque si todos estos hombres y este dinero lo empleáramos nada más que en sembrar papas, nuestra riqueza se multiplicaría fabulosamente.

En general, el guerrero de profesión es bruto de entendimiento. Porque la verdad es que el ejército no lo componen los diestros, discretos y pulcros militares que van diariamente al círculo de armas y que saben tirar una estocada elegante entre dos citas de Lloyd George, mientras el pueblo sufre hambre.

Hay en el ejército una infima minoría de hombres que valen. Los restantes, entre los que se cuentan que han solicitado la venta al presidente para casarse y tienen ahora unos cuantos hijos y son capitanes o coroneles, como podrían ser gerentes de una tienda o encargados de una fábrica de ladrillos. No merecen ninguna consideración. Los suboficiales todos son una calamidad, y es una vergüenza que la juventud tenga que obedecer por la ley a estos ineptos.

Nadie ignora, excepción hecha de Lugones y sus secuaces, que el militar que cuelga su librea está muy por debajo del común de los civiles. Si es de alguna jerarquía, se le ve correteando pastillas o betún o colocando seguros a la vida. Si es suboficial, se emplea en la policía o de peón o de mucamo.

¿Cuál es, entonces, la respetabilidad y la limpieza de esta institución?

Y pensar que a esta gente deberíamos entregar el gobierno del país, según Lugones! El problema, por ahora, para todo hombre de buen sentido, es desmilitarizar el ejército. Ir formando el ejército del pueblo para el pueblo y acabar de una vez con el ejército del pueblo para los privilegiados; hasta que sea posible la supresión total de esa vergüenza que se llama fuerza armada y que ensombrece la civilización.

Total, según la imbecilidad ambiente, un montón de utopías.

Leonidas BARLETTA.



CINEMATOGRAFIA?

LA CRITICA DE LAS PELICULAS

Todavía no se hace, entre nosotros, una crítica juiciosa y desinteresada, sobre la cual podamos orientarnos para concurrir seriamente a los espectadores. No queremos significar con esto que nosotros pensemos llenar semejante vacío. La labor que nosotros reclamamos requiere medios superiores a los nuestros, y la podría verificar tan sólo una gran empresa capitalista, como son casi todos los grandes rotativos. La crítica que ordinariamente se hace no responde al valor de las obras.

Intervenien tantos intereses en la exhibición de una película, que lo más común es que se compré de antemano la opinión del diario, el cual, a su vez, ya tiene comprada la opinión del crítico, supuesto que para eso le paga. De esta manera, el espectador cree, luego, leer un juicio y está leyendo, en cambio, una factura.

La falta de independencia, más que del crítico, proviene de la publicación que lo emplea. La opinión, a menudo, no dimana de la obra, sino de la casa productora que la exhibe, la cual, las más de las veces, se encarga de confeccionar la crítica que luego deben insertar textualmente todos los diarios a quienes ellas para tales fines alquilan. Es de suponer que si una casa productora le da un aviso de dos mil pesos por día a "La Nación", "La Nación" no va a salir hablando mal de esa película. El procedimiento que se utiliza para salvar la apariencia es: o hablar falsamente bien de una cosa mala, o hablar de una manera muy ambigua, de la cual, al fin, no se comprende nada.

A esto debemos sumar la falta de competencia de los críticos. Casi siempre se utiliza en esta sección periodistas de tres por cuatro, hermanos consanguíneos de esos colosos que escriben la sección "sociales" o "necrológicas".

EL TEATRO Y EL CINE

La poca importancia que se le asigna en los grandes diarios al cinematógrafo, como

arte, no como exposición de piernas y otros apéndices más rotundos, proviene, quizás, de la poca importancia que en el mismo sentido le asigna la llamada gente inteligente, sobre la cual debía recaer la función de la crítica.

Todavía hay intelectuales que se niegan a dar carta de ciudadanía artística a la pantalla. Y los artistas de teatro difícilmente concurren a las salas, en parte por que no pueden y en parte porque no les interesa. De manera que los que debían aprovechar más las enseñanzas del cinematógrafo son, precisamente, los que menos las aprovechan. Creemos que el cinematógrafo para nosotros tiene, no obstante, un doble valor. El valor que naturalmente tiene y el que le agregamos nosotros a través de la carreta del teatro, a nombre de aquellos que aman profundamente el arte escénico, deprimidos por el desbarajuste de la producción rioplatense, encuentran un aliciente poderoso acudiendo a presenciar las obras de la cinematografía universal. Aunque como expresión de arte el cinematógrafo es superior al teatro, es superior, sin embargo, en razón de las obras que produce. Prácticamente, y siempre en relación a nuestro teatro, revela una aplastante superioridad.

No es una novedad para nadie que nuestro teatro ha descendido tanto que ya no puede descender más. En la hora de esta hora está, como quien dice, boqueando. Sólo que cuando se está por morir algunos todos lo saben en la casa, menos el interesado. Esas cosas que vemos a diario — compañías que se funden en tres días, hacían a raja cincha, "Don Juan Tenorio" en broma, "La silla eléctrica" en serio — son los síntomas precursores de la patología final. Ahora se llega a dar en una hora lo que antes exigía toda la noche, con grave detrimento de la salud de la obra y de la salud de los actores. Digamos que los artistas ya no trabajan como artistas, sino como burros. Han dejado de ser vehículos de emoción o de belleza, para convertirse en changadores del idioma o en carreros de playa de la dicción. Hay teatros que dan sucesivamente en un solo día la friolera de siete secciones. Y en cada sección, a lo mejor, cuezgan del cartel el resumen de "Flor de un día" y "Espinas de una flor" o "La pasión de Nuestro Señor Jesucristo". Algunas compañías llegan ya al "delirium tremens" de la representación vertiginosa, y recitan las piezas a razón de 60 palabras por minuto. Seme-

jante precipitación en el recitado produce, naturalmente, dos revoltijos: uno al que dice la obra y otro al que la escucha.

A lo que podríamos llamar decadencia de los actores hay que sumar la decadencia de los productores. Aunque la mayoría de ellos jamás salieron de las cuatro paredes francesas del sánete o del agujero de la mifloga sentimental, antes, por lo menos, sabían rascar la guitarra y estropear dignamente el lenguaje. Ahora parece ser que a fuerza de hacer siempre las mismas macanas, terminaron por olvidarse de macanear como la gente. Ya no da gusto ir al teatro ni siquiera para hacer la digestión o para cumplir aquel delicioso mandamiento babilónico de "escarse la barriga al corido". Extraña que elementos que se crucifren tan sólo a cultivar el negocio, encaren tan pésimamente el asunto. Ningún negocio prospera vendiendo mala mercadería. Esta verdad se ha difundido tanto, que la conocen hasta los literatos. El negocio no finca en dar obras malas, sino obras buenas; sólo que la perversión de los empresarios ha llegado a tal grado, que las obras buenas son consideradas malas y las malas excelentes.

Del teatro nacional no quedan más que los restos. Al entrar en una sala ahora se experimenta la dolorosa impresión de penetrar en una cámara mortuoria. Hay olor a cadáverina. La carencia de público, además, le imprime al lugar un carácter concluyente de velorio artístico. La tragedia ya no está en el escenario: está en la plaza.

LO BUENO SE IMPONE Y TRIUNFA

En el cine, por el contrario, todo es floreciente. El público acude en grandes cantidades. Se dice que el pueblo no tiene un sentido de lo bueno, pero aquí revela tener un sentido optimo. La cinematografía moderna encara los espectáculos con toda la seriedad que el arte y la empresa requieren. La representación de una obra es un problema complejo y grave. El cuidado especial se coloca en la elección de las grandes películas. "El barquero del Volga", "Varieté" — demuestra la santa preocupación de verificar una obra de arte irreprochable. En nuestros escenarios, en cambio, se procede a puntapiés. Se ha dado el caso de poner "Resurrección" con cuatro ensayos y "Santa Juana" con tres. La precipitación con que suben y bajan las piezas del cartel responde a la precipita-

ción con que se las ensaya y a la falta de interés que ponen los intérpretes, que no disponen siquiera del tiempo indispensable para aprender el papel. Representar, ya no es una labor bendita del espíritu, ni es una alegría del corazón: es un castigo. El actor, a menudo, sale a escena como baja un condenado a las bodegas de un buque. Esta es la segunda parte de la tragedia: la tragedia del actor que paulatinamente se embrutece por exceso de trabajo y que consume paulatinamente, con su salud, los arrestos más nobles de su alma. ¿Qué preocupación artística puede alimentar un ser humano que trabaja como una bestia? ¿Un hombre o una mujer que se acuesta a las tres de la mañana, se levanta a la una de la tarde, corre al ensayo que termina a las cinco, acude a la vermouth, que empieza a las seis, cena a la disparada y vuelve al teatro para empezar la función completa que lo dejará libre a las dos? Y así un día y otro día, incluso el día de los muertos. ¿Puede una criatura que lleva semejante vida estudiar, pensar o vivir como un ser inteligente y sensible?

De esta manera, claro, nuestro teatro ha ido decayendo día a día, hasta llegar a la hora de esta hora, que puede llamarse "la hora fatal".

La prosperidad de un arte permite siempre una mejor organización. La desorganización es siempre un producto de la pobreza y un signo de decadencia. En el cine, todo es magistral, incluso la organización. Más que la obra de uno, es la obra de una colectividad. Es el arte colectivo por excelencia. Su amplitud de miras le presta esos contornos amplios. No es el pretendido arte de un actor que encabeza una compañía o de una actriz que se luciere al frente de un elenco. Es el arte de todos. Hay, entre los que lo cultivan, quizás en virtud de la comunión de tantas inteligencias, un sentido universal del arte y no se produce para tal o cual país, sino que se produce para todos los países. Se ha desterrado de allí el egoísmo individual que mina los cimientos de todas las empresas colectivas, en cuya cuenta cae irremisiblemente la representación, que es siempre una empresa colectiva. Como se manejan grandes capitales y concurren grandes inteligencias, no se atienden las pasiones menudas de las personas que integran el espectáculo. Aquí el actor es todo. Allí el actor es una parte. Allí se hace todo bajo la inspiración de la mayoría, consultando los intereses del arte y de la especie. El espectáculo, entonces, tiene la grandiosidad y, a veces, la perfección a que puede llegar la síntesis de muchos cerebros reunidos. Aquí, en cambio, todo se hace bajo la inspiración de un solo hombre, generalmente un mediocre, para inspirar a nadie, por falta de talento y de inspiración.

VOLVAMOS AL PRINCIPIO

La cinematografía ha alcanzado tal grado de perfección, que puede servirnos de escuela a todos aquellos que nos interesamos seriamente por el arte escénico: autores, actores, pintores, maquinistas, etc. En el teatro nos ocurre lo contrario: olvidados lo poco que sabemos. Cuando no llegamos a embrutecernos totalmente. Ahora, bien. Siendo el cine una manifestación más importante por sus resultados prácticos, ¿cómo es, entonces, que todos los diarios tienen una sección formal de teatros donde derrochan su talento algunas personas de mérito, y no tienen una sección semejante para la producción cinematográfica? (Nótese que se le dedica mucho espacio, pero poca atención. Hay una página de cine, como hay una página de carreras). ¿Por qué estas personas de mérito, en vez de ir al teatro a ver "El casamiento de Chichilo" y escribir al otro día una crítica de dos columnas, no van a ver "Metrópolis" o "Irán el Terrible"? ¿Acaso no merece una atención superior "La barca de la muerte" que "Ty cuna fué un conventillo" o "A las nueve en el convento"? ¿Por qué en los grandes diarios personas expertas comentan la producción rastrera del teatro y personas inexpertas comentan la producción cinematográfica? ¿Por qué no hacen un cambio y pasan a los críticos teatrales a la sección cinematográfica y viceversa a los del cinematógrafo a la sección teatral?

RESUMEN DE LA CRITICA

De todos los diarios y revistas el que mejor encara la crítica cinematográfica es "La Prensa". Hemos leído en algunos comentarios sensatos y valientes. "La Nación", en cambio, muy pocas veces dice la verdad. Y el día que la dice le hace entrelineas, de una manera tan suave, que sólo los entendidos o los amigos del crítico la llegan a embarrar. Luego, el criterio del comentarista es de lo más Carolina Invernizzo que hemos conocido. Hasta se nos antoja que esa sección está a cargo del señor Hugo Wast. Sólo aquellas películas calificadas de salón merecen un elogio o aquellas otras que pertenecen a una marca determinada, cuya exaltación paga, naturalmente, el productor.

Si excluimos a estos dos grandes diarios de la mañana, los de la tarde opinan reglamentariamente, en razón de la cantidad de avisos que se les entregue. Como los dia-

rios de la tarde tienen una tarifa inferior a los de la mañana, los avisadores, en el duro trance de comprar o perecer, optan por comprar al que se vende por menos precio.

Algunas publicaciones aisladas, como "Catalina" y "Martín Fierro", traen, a veces, algunas cosas muy interesantes. Y también varias revistas llamadas gremiales.

HABLEMOS DE "CRITICA" PARA TERMINAR

"Crítica" es un diario que ha prosperado y prospera a fuerza de esos "habiles interrogatorios" periodísticos que se llaman oficialmente chantages. En otra jerga: "negocios sucios".

Advertimos que no da putada sin nudo. En poco tiempo pasó a la Avenida de Mayo y, de seguir así, ocupará pronto la Diagonal o el Pasaje Barolo. Lo más curioso de esto es que "Crítica" había todavía rudamente de la moral y de la moral y vuelta a enrostrar a los demás diarios su inmoralidad. Aquello que escribió Schopenhauer: "Es fácil predicar moral; lo difícil es practicarla", le viene como de perilla al gran rotativo de las cosas.

En la página que anuncia los espectáculos hay una advertencia que reza así: "Crítica" ha devuelto los palcos que tenía asignados en todos los teatros y cines de Buenos Aires. Creyó, así, sentar un precedente necesario en el periodismo argentino, para afirmar la independencia de sus juicios sobre los espectáculos públicos. Bueno, el programa, viene una clasificación escolar de los espectáculos: bueno, regular, suficiente, malo. La independencia a que se refiere "Crítica" es la independencia de cobrar tres mil pesos por un anuncio diario, precio que muchas casas se negaron a pagar en aquel número especial que fué el motivo de la devolución de los palcos. Sabemos de buena fuente que la resolución de "Crítica" la motivó la casa Max Gluckmann, que fué la primera que se rebeló. Y adviértase que ahora todas las películas que pertenecen a Gluckmann figuran con esta clasificación: "Sala boicoteada". Luego se dan casos como estos. La casa de Botana es una madriguera de literatos, particularmente engendros del orden teatral. Cada vez que uno de estos sujetos aparece figura en el programa con una clasificación elevadísima, aunque se trate de un bodrio fenomenalmente cósmico, como "Un auxilio en la 34". A esto podemos añadir que quien dirige la página es un dramaturgo que tiene una extensa parentela que se dedica a escribir o a trabajar en las tablas.

Cada vez que se presenta la oportunidad, entonces se le rinde un homenaje a la gran familia. Esto no obsta para que él se reserve un lugar de preferencia, donde se da siete bombos por semana. Hay más todavía: el susodicho director de la página asesora a varias compañías, y cada vez que dichas compañías estrenan, se festeja el acontecimiento a tres columnas, aunque las tales compañías no merezcan menos palos que las otras.

"Crítica" rechaza los palcos para poder aceptar algo más positivo y de más valor. Empezaré a compararla que no paga lo que se le exige, al otro día aparece con la conocida clasificación: "Sala botocoteada".

Otro ejemplo más y terminamos. Hay varios teatros de batallón entre nosotros. Uno, paga; otros, no. Pero todos son idénticos. El que paga, sin embargo, merece la clasificación de "género crudo"; mas, el que no paga, merece la clasificación de "género poco edificante". Aparte de que una publicación que consultara la moral de los espedicidos no podría publicar nunca, como lo hace "Crítica", el anuncio de un teatro que da: A las 18.15: "El batallón sin camisa"; a las 21.15: "A mí me gusta desnuda"; a las 23.15: "La mejor de las papitas".

Y a todas estas picardías manifiestas "Crítica" llama "sentar un precedente necesario en el periodismo argentino".

R. CHAVES.

UN VENCIDO

Todas las mañanas, apresuradamente como si alguien le persiguiese, Gerónimo Rivet, abandonaba las últimas calles de la ciudad y seguía por un camino abierto en la llanura. Ya en pleno campo moderaba su marcha respirando con satisfacción. Cogía luego una vara y con ella iba castigando las ramas espinosas curvadas a ambos lados de la carretera. Si el paso de un automóvil lo obligaba a dejar el camino para evitar el polvo que se le venía encima, invariablemente exclamaba:

—¡Ojalá se te quebrasen los ojos, pedazo del bestia! — y miraba al vehículo irse, con el ceño fruncido, apretando los puños y los dientes, como si a la espera de que su deseo se cumpliera. Pero esto, en Gerónimo Rivet, no era más que un impulso repentino, pues pronto se serenaba y proseguía su paseo.

Era un hombre joven, rubio y de perfil fino. Tenía ojos azules y una mirada firme, andaba con despreocupación y deteniéndose de pronto a contemplar cualquier detalle que le ofreciera la campiña inundada de luz. De pronto la carretera se embimbaba. Entonces Gerónimo ascendía la loma, doblándose un poco. Una vez en la cima se sentaba sobre una piedra, dejando errar la mirada por la aldea, que yacía escondida en un rincón del valle. Así permanecía mucho tiempo. El pueblo, objeto de su observación, era pequeño y cubierto de franjas de verdura. La calle principal atravesaba por el mismo centro de la población, y por ella cruzaban balanceándose algunos carros cargados de heno. Dominando todas las viviendas se erguía la torre de la Iglesia, en cuya punta una cruz punzaba el cielo. Al margen del caserío corría un arroyo, junto al cual vagaban algunas vacas, hundiéndose de vez en cuando el belfo en el agua clara.

De regreso a la ciudad, Gerónimo tiraba la vara, hundía la mano en los bolsillos y su marcha era entonces como la de un hombre deprimido. La frente se le nitaba de arrugas y, de trecho en trecho, iba subrayando sus reflexiones en voz alta:

—¡Soy un imbécil, Gerónimo! ¡Un verdadero idiota! Si; no te quepa la menor duda! Si... ¡El más grande idiota que haya sobre la tierra!

No contento con eso, hacía comparaciones con lo primero que veía:

—Ese burro es más inteligente que vos, Gerónimo. Si...

O síno;

—Tenés la mollera más chica que la de ese cachilo. Soy un cuadrúpedo más grande que esa parva. Vamos a ver...

Así seguía hasta llegar a las primeras calles de la ciudad. Trataba entonces de inquirir la hora, asomándose a las casas de comercio, con el propósito de descubrir un reloj o aguzando el oído por si recogía el tañido de alguna campana que lo orientase. Debía dar clase a las ocho y le faltaba llegar al colegio a destiempo.

Gerónimo Ribet había venido a esa escuela costeada por varias asociaciones de trabajadores, con el propósito de hacer una buena obra y en la creencia que encarruara su vida en forma definitiva. Harto de mariposarse por los diarios de Buenos Aires, aceptó la propuesta convencido de que su destino era ese. Pero pasado su

entusiasmo inicial, se sentía cansado y pensaba que se había metido en un callejón sin salida.

La escuela funcionaba en un caserón de arquitectura colonial, cuya fachada llena de arcos y balcones y con dos andriajos aguantando el peso de un balcón, ofrecía un contraste singular con la edificación de aquel barrio obrero. Las salas donde se dictaban clases, eran espaciosas y estaban divididas por unas hileras de bancos. Las paredes se hallaban materialmente cubiertas de retratos de hombres célebres y de leyendas antiguas a la escuadra. En las horas de estudio los niños se sentaban junto a las alfombras. En esta forma, según los métodos modernos de la escuela, se preparaba a la mujer en un terreno de igualdad al del hombre. El personal docente lo componía un estudiante de medicina presuntuoso, aplazado perpetuo, con ribetes de revolucionario y que investigaba asuntos de botánica, Gerónimo y tres maestras ayudantes.

A la primera clase que asistió Gerónimo, el estudiante, para demostrarle la excelencia de su método, reunió a varios chicos, los más inteligentes, sin duda y empezó a hacerle preguntas. Se sentó sobre una esquina del escritorio, a fin de quitar a la clase todo asomo de severidad catódrica, según decía, y permitió, luego, que los niños se acomodasen en torno de él, en las posturas que mejor les conviniesen. Finalmente, tomó un terrón de tierra y lo desmenuzó delante de los alumnos. Ellos, acostumbrados a esta lección, miraban la maniobra con aire de aburrimiento. El profesor interrogaba:

—Vamos a ver, amigos. ¿Cómo se llama esta tierra que cae?

Silencio absoluto.

—A ver... Piensen. Ayer les dije. Recuerden. A ver... Ce...

—Ce... — repetían los niños.

—...lu... — seguía el profesor y los chicos hacían eco.

—...la...

—...la...

—Como, a ver... Cálula — concluía el estudiante.

Entonces todos los niños lanzaban un solo grito:

—¡Cálulas!

Lo mismo ocurrió cuando le tocó el turno a los átomos. El profesor decía cogiendo entre sus dedos las partículas de polvo:

—De los átomos salen... ¿qué salen, amigos?

Pero de los labios de los chicos no salía nada. Alguno se limitaba a mirar al maestro que, con la mano en lo alto, hacía caer una garita de polvo sobre el escritorio. Otros erraban la mirada por el patio desierto y seguían con la vista el garabato que las golondrinas dibujaban en el cielo. Los más atentos se rascaban el cráneo, esperando pacientemente que el profesor les dijese lo que ellos debían responder.

Gerónimo, observando el giro de la clase, sentía deseos de lanzar una carcajada y se recogía pensando el efecto que esa salida produciría en los niños, en la maestra y hasta en el mismo profesor. Y si le tirase de la nariz?, pensó luego. Este deseo se hizo tan imperativo en él que tuvo que cerrar los puños y hundirlos en el bolsillo, para huir de la tentación de cumplirlo.

La clase prosiguió dentro del mismo aspecto y en igual forma fueron tratados los animales, las plantas y los astros.

Finalizada la tarea, el estudiante explicaba a Gerónimo los progresos que en tan poco tiempo habían experimentado los niños.

—Como habrá usted visto —decía—, esto es pura enseñanza secundaria, y los chicos apenas cuentan diez años.

En esta forma, agregaba, iba a revolucionar todos los sistemas pedagógicos para crear las verdaderas escuelas del porvenir. A Gerónimo todo eso le parecía ridículo y estúpido, y las palabras del estudiante se le antojaban de una falsedad sin límites. Nuevamente, mientras el estudiante hablaba sin darse tregua, sintió deseo de darle un tirón de nariz y, por último, experimentó tal fastidio ante esa charla, que interiormente se empezó a acusar de bestia y a compararse a un idiota más grande que la escuela, lo mismo que solía hacer en sus soliloquios por la carretera...

Gerónimo, todas las tardes, después de terminar las clases, se hacía el firme propósito de abandonar la escuela y tomar el tren esa misma noche para Buenos Aires. La vida que llevaba le era profundamente desagradable. Detestaba la ciudad, aborrecía el colegio y cumplía su misión de una manera mecánica. Era imposible para él soportar esos salones atestados de muchachos, feos en su mayor parte, vestidos en forma burda y que despedían un olor tan característico, que lo sentía siempre, en todas las cosas. Al principio, y sólo por ahuyentar el fastidio, se propuso enamorar a una de las maestras; pero a las primeras tentativas comprendió que era una tontería y se trató sin ninguna consideración. Lo único que verdaderamente le distraía y le procuraba algún placer eran sus escapadas al campo.

Cuatro meses habían transcurrido de esa manera y, ahora, la primavera espolcaba su espíritu. Una fuerza extraña lo conturbaba y se sentía cada vez más desesperado y más solo. Sus pensamientos eran agitados y revelados como el lecho de un aflorado. No tenía gusto para leer nada y, cuando quedaba solo en la escuela, durante horas y horas se mascaba por el salón tascando su angustia. A veces golpeaba los bancos con los puños, gritando en voz alta:

—¿Qué hacés aquí, pedazo de bestia?

El recuerdo se asociaba a su estado actual para amargarlo aún más. Había soñado con hacer grandes cosas. Sus proyectos literarios fueron vastísimos, atrevidos, y, en las polémicas sostenidas con sus compañeros, supo defenderlos valientemente y con originalidad.

Se reprochaba, ahora, verse totalmente anulado, desempeñando las funciones de un pelele ridículo, como él decía. Y hasta cuándo duraría esto? se interrogaba. De pronto tomaba una resolución: la cosa no podía ser más sencilla; se iría; sí... Se iría inmediatamente: nada de pensarlo. Se iría, sí... Pero se quedaba; y así, todas las tardes lo sorprendían en la escuela silenciosa las sombras de la noche. Cuando no sabía explicarse el por qué de su indecisión, gritaba agresivamente: "¡Creíno! ¡Creíno!", y posaba su mirada trancuda sobre el busto de un Darwin barbudo.

Poco a poco empezó a abandonarse hasta en su aseo personal. Una tarde se llenó de insultos y profirió luego una serie de malas palabras por las que tenía las uñas sucias. Dias después sintió deseos de ahogarse al estudiante, porque éste miraba con insistencia sus botas sin lustrar y el ruido de sus pantalones que tenían algunas vetas de barro. Ante este impulso no pudo menos de preguntarse: "¿Me estaré volviendo loco?"

Aquella mañana, contra su costumbre, Gerónimo había salido del camino, internándose entre los maizales. Una voluptuosidad profunda lo comovía hasta las lágrimas y a cada rato pasaba la mano por el dorso de las hojas, con tanta ternura como si estuviese acariciando el rostro de un ser querido. Andando, andando, llegó hasta la plazoleta de la era. El campo abierto, lleno de luz y de canciones, cobraba ante sus ojos un aspecto novedoso. Tropezó a una parva y desde la cima rubia y triangular contempló el círculo de la pampa. Vista desde ese punto, la llanura ofrecía una extraña perspectiva, y el conjunto que formaban los árboles, las cascas y las bestias, le sugirió la imagen de esos pesabres de Navidad, expuestos en las vitrinas de las tiendas. Sintió una sensación tal de pequeñez, que hasta llegó a sentirse acorralado en la base de la barra leonada, pensar que él era uno de esos hormigas a cuestas con su carga. A veces, se entretenía observando a la tarta de los campesinos, y otras, seguía con la vista la fuga de un tren que parecía arrastrarse como una sierpe, rubricando la lejanía. Cuando el sol estuvo bien alto, descendió de la parva, y luego, echó a andar siguiendo el garabato de un sendero. Mil cosas distintas, desconocidas y caóticas se agitaban en su cerebro. Estaba como borracho de una alegría que no sabía a qué atribuir. De pronto, una voz lo detuvo:

—¡Maestro! ¡Maestro!

Era una de sus alumnas que corría por darle alcance. Al llegar la chica junto a él, estaba agitada y conmovida. Su busto ascendía y descendía violentamente. Se explicaba con frases entrecortadas. Iba a la escuela. Desde la llanura le vio pasar y quiso acompañarlo. Ahora estaba un poco avergonzada de su atrevimiento. Desvió los ojos de la mirada penetrante de Gerónimo y dijo:

—Me cansé, maestro... ¡Yuy, qué cansada que estoy!

De nuevo en el sendero, Gerónimo inspeccionó pero rápidamente la tomó por el tallo, internándose en el maíz. La chica, sorprendida, no articuló palabra, ni atinó a defenderse, y recién cuando se vio en el suelo y sintió que sus manos brutales, hechas garras, le destrozaban la ropa y le lastimaban las carnes, gritó:

—¡Mama! ¡Ma!...

Las manos de Gerónimo truncaron la palabra. Luego bajaron hasta la garganta y se cerraron con tal fuerza que tuvo la sensación de que las palmas se fustaban.

De nuevo en el sendero, Gerónimo inspeccionó pero rápidamente la tomó por el tallo, internándose en el maíz. La chica, sorprendida, no articuló palabra, ni atinó a defenderse, y recién cuando se vio en el suelo y sintió que sus manos brutales, hechas garras, le destrozaban la ropa y le lastimaban las carnes, gritó:

—¡Mama! ¡Ma!...

Las manos de Gerónimo truncaron la palabra. Luego bajaron hasta la garganta y se cerraron con tal fuerza que tuvo la sensación de que las palmas se fustaban.

De nuevo en el sendero, Gerónimo inspeccionó pero rápidamente la tomó por el tallo, internándose en el maíz. La chica, sorprendida, no articuló palabra, ni atinó a defenderse, y recién cuando se vio en el suelo y sintió que sus manos brutales, hechas garras, le destrozaban la ropa y le lastimaban las carnes, gritó:

—¡Mama! ¡Ma!...

—Soy un canalla, un perfecto canallita, Gerónimo... — se dijo entre dientes, e hizo con pulso firme unas muestras: gráficas en el pizarrón.

Todo aquello era conmovedor. El fósforo atestado de flores iba a la cabeza del cortejo, rotando lentamente. Una multitud heterogénea seguía la marcha tras de la carroza. El crimen había producido estupor entre los obreros y la mayoría de los que habitaban en el barrio no concurrió al trabajo por acompañar los despojos de la víctima. Entre la multitud los niños llevaban ramos de flores e iban poseídos de una alegría contenida por respeto a los mayores. En grupo aparte, seguía el personal de la escuela, acompañando a la hermana de la niña muerta, una muchacha de aspecto humilde. Gerónimo estuvo con ella muy cariñoso y hablándole del crimen susurrando las palabras justas de consuelo. Ella le respondió con una sonrisa y lo miró asqueado, tendiéndole la mano:

—¿Qué bueno es usted y cuánto parecía quererla!

El, se limitó a apretar la mano, sintiendo una fatima alegría al comprobar que no se turbaba en lo más mínimo. De cada acontecimiento que se relacionase con el crimen hacía un análisis y llegaba a conclusiones felices para la tranquilidad de su conciencia. No le gustaba filosofar y cortaba sus reflexiones con razonamientos precisos:

—Cuando aplasto una hormiga, pienso: el diablo sabe el aborrito que se armará en el hormiguero y yo sigo en el mismo estado de ánimo. Todo este aparato y este sentimentalismo es lo que dramatiza las cosas. Total... Durante una guerra se decurritizan y se violan miles de criaturas y los autores materiales comen y duermen como bestias, sin sentir remordimientos. Si no fuese por la ley... mi caso... Si Gerónimo... ¡Vaya al diablo!... concluía, y le daban ganas de decir una mala palabra en voz alta.

En esta forma analizaba sus sentimientos. Se diría que había hecho el crimen a título de ensayo y que esperaba un resultado, como si se tratase de la combinación de una fórmula química. Sólo le quedaba como recuerdo un momento de voluptuosidad pura y violenta. Además, ciertos detalles: el cuaderno de tapas rojas; las puntas charoladas de unas botitas agitándose en el aire y la sensación que sintió en las manos al apretar el cuello.

Y mientras seguía el cortejo, Gerónimo observaba el paso de la hermana de Elisa y se sentía atraído por la cordial sencillez que se desprendía de toda ella. Le gustaba, sobre todo, la mirada franca y como de sorpresa que tenía la muchacha. En un momento que ella le miró así recordó las pupilas de su víctima, cuando él la alzó en lo alto para arrojarla en el maíz y sintió como si un latigazo de Iujuria le castigase las entrañas.

Ya en el cementerio la multitud descubriéndose bordeó la fosa recién abierta. El cajón fue bajado hasta el fondo y luego, los niños, uno a uno, arrojaron flores sobre el féretro.

Hacían esto de una manera mecánica y como si reptasen una lección; pero la multitud se comovió; las mujeres sollozaron y muchos hombres disimularon su emoción con toses breves.

El estudiante, cuando la tierra hubo rellenado el hueco de la tumba, pronunció un discurso ampuloso, durante el desarrollo del cual tuvo frases violentas contra la sociedad. Le tocó el turno, luego, a una de las maestras. Por último, habló Gerónimo, quien con toda sencillez recordó a la muerta. Fué el suyo un discurso terno. Por momentos se exaltaba buscando las palabras más suaves y las imágenes más hermosas. Hubo un momento en que se levantó y recitó un poema. La gente, sugestionada por aquel timbre de voz, se apiñaba en torno de él. Los niños contemplaban la escena con gravedad. Gerónimo, ebrio ante sí propia emoción, seguía el discurso acompañando los períodos al compás de la mano. La hermana de Elisa le contemplaba como sugestionada, y él, cuando terminó, se dijo:

—Yo he besado esos labios...

Y ya de regreso, apartados de todos, sin esquivar la huela polvorienta que ensucaba sus zapatos, Gerónimo se propuso firmemente cumplir aquel deseo.

Gerónimo se adormecía bajo el influjo de aquella mirada que, de vez en cuando, se posaba en la suya. Ella, junto a la máquina de coser, reclinada un poco sobre la rueda que giraba vertiginosamente, seguía la costura, mientras él observaba la labor con atención pueril. La mano de ella, a ratos, apareaba la de Gerónimo. Entonces, por un instante, cesaba el ruido de la máquina y los dos se sentían plenamente dichosos. La paz del hogar, la muchacha y el encanto de la noche llenaban el

corazón de Gerónimo de una inefable embriaguez. La velada se prolongaba hasta que ella, rendida por el trabajo, caía en los brazos de él, lánguida y risueña, buscando sus labios.

Hacía varios meses que Gerónimo era novio de la hermana de Elisa. Tal como pensó sus deseos se realizaron. El, por aquella silueta humilde y por las pupilas que miraban como sorprendidas, faltó al colegio muchas mañanas, y a menudo se desvió de su camino habitual, atravesando la llanura para rondar la casa donde ella vivía. Los encuentros casuales se repitieron, hasta que un día, en el sendero, precisamente, a pocos metros de donde había violado a Elisa él, todo tembloroso la dobló entre sus brazos y la besó largamente. Ella le dejó hacer agazapándose en su pecho. Gerónimo, al verla así apagada y rendida, sintió hasta un más hondo de su ser como una sacudida. Sus manos resbalaron por la cintura que tenía aprisionada, y sus dedos se hundieron en las costillas de la muchacha, en un deseo de destruir las ropas. Pero, luego, la mirada de ella, grávida de una infinita piedad, lo contuvo y tornó a besarla, feliz de haber estrangulado al bruto que por un momento se asomó a su alma.

Y muchas mañanas como aquellas recorrieron el sendero. Había, al fin, comprendido, Gerónimo, que el recuerdo de su crimen sólo le turbaba de una manera secundaría. Certos detalles de Julia, así se llamaba su novia, parecían a los de su vecina, despertaron en él deseos que se acentuaban al cruzar el sitio donde había asesinado a la chica. A la vista de la llanura y sintiendo en su flanco el roce vibrante de aquel cuerpo juvenil, se estremecía como un potro arisco y en celos. Su voz enroquecía. Respiraba con dificultad y terminaba por abrazar rudamente a Julia, hasta llegar a hacerle daño. Ella, notando el cambio, interrogaba con sus grandes pupilas, y él, entonces, ante aquella mirada, se tomaba de él como un niño.

Cuando se despedían, Gerónimo se dirigía a la escuela, marchando serio y concentrado. Sus actos le sublevaban porque comprendía que estaba incubando en su espíritu un sentimiento brutal. Entonces, según era su costumbre, concluía sus reflexiones en voz alta:

— ¡SI seré bestia, más que bestia!

La vida tenía ahora para Gerónimo una perspectiva negra, sin matices. Entre él y su deseo se había entablado una lucha terrible; pero poco a poco sentía que esa tragedia iba doblando su voluntad.

Al casarse con Julia, pensó que su vida, al fin, entraría en un cauce sereno. Su mujer era cariñosa. Con mucho tacto sabía equidistar los instantes en que el recuerdo echaba sombras en su espíritu, como también sabía asociarse a los repentinos momentos de alegría que se apoderaban de él.

Gerónimo tenía la esperanza de que una perspectiva risueña se abriría a su vida. Al principio esperó que "aquello" pasase para luego hacerse un plan de trabajo y cumplirlo. Sus antiguas ambiciones literarias lo inquietaron de nuevo y confiaba en que llegaría un momento que le permitieran dedicarse al trabajo seriamente. Pero transcurrían los días y cuando se proponía materializar sus ensueños sentía que su cerebro estaba como humo quemado.

Lejos de reponerse, empezó a perder el sueño. Poco a poco los besos y las caricias de su compañera le resultaban insupportables. Tenía el recuerdo de la otra adherido en su espíritu tan firmemente, que era un acedo constante, brutal...

Cuando el cuerpo tembloroso de su mujer reclamaba el suyo, él se desprendía de los brazos que lo sujetaban y luego pasaba y pasaba, interminablemente, de un extremo a otro de la habitación. Sobre la consola había un retrato de él, como que siempre le miraba. A través de las sombras, aquellos ojos, para siempre muertos, parecía que le invitasen. Entonces él, amenazaba con el puño a un enemigo invisible y profecía insultos en voz alta.

Julia, viéndole así, saltaba del lecho y le interrogaba, acariciándole; pero él rehuía las caricias y se retiraba, con desesperación. Una noche de delirio y de locura, en que sentía el deseo arder hasta sus fibras más hondas, estuvo a punto de estrangular a su mujer. Sólo un relámpago de lucidez lo contuvo. Ella, sin comprender, medrosa, temblando le aferró los brazos al cuello. Él pensó desahogarse diciéndoselo todo, para después huir lejos, donde no se supiera ni su nombre. En el instante de la confesión se retuvo y empezó a recriminarse.

— ¡Soy un canalla! ¡El último de los hombres! ¡El más maldito! ¡El más inhumano de los animales!

— Pero, ¿por qué te pones así? Maltito... — le decía ella, en tanto sus manos piadosas la acariciaban. — Maltito... maltito... — repetía contentiendo el llanto.

Fuera, la lluvia caía y el viento pasaba sobre la casa ululando. Se sentía crujir los árboles y rozar las ramas sobre el techo de chinc.

Ahora, él paseaba sin tregua por la pieza, mientras su mujer, semidesnuda,

sufriendo de frío y sufriendo por él, le miraba espantada. Ella se había sentado al borde de la cama y en sus pupilas revelaba la angustia que sentía en ese instante. La figura de Gerónimo, iluminada por la luz del velador, adquiría una proyección enorme y la sombra de su cabeza se quebraba allí en el techo, balanceándose fantásticamente. Por fin, pareció serenarse. Se calzó unas zapatillas, puso un abrigo y luego sonrió satisfecho. Su mujer, al verle tranquilo, le interrogó:

— ¿Vas a salir?

— No. Es que tengo frío — repuso él sobresaltándose. — Acostate vos. Y la tomó con dulzura, conduciéndola hasta la cama. Luego la arrojó bien. Ella, sin saber explicarse el por qué su felicidad al lado de aquel hombre se había quebrado tan pronto, lloraba y lloraba. Él trató de calmara. La acariciaba levemente. Al influjo de aquellas manos que iban y venían por su rostro, ella se adormeció. Entonces Gerónimo tornó a levantarse y a pasear de nuevo por la habitación. De vez en cuando sonreía satisfecho, como si hubiese hallado, después de esa crisis, la solución a su dolor. Abrió la puerta y salió. El viento arremolinaba el agua y pronto se sintió todo empapado. Caminaba por el medio de la calle, sin esquivar las ráfagas y chapoteando entre el lodo. Refa a veces, diciendo en voz alta:

— ¡Ahora sí que me voy! — Y como si descalase a alguien, gritaba: — ¡Me voy! ¡SI, me voy! ¿Y qué?

La tormenta arreció. Por momentos los relámpagos iluminaban la tierra que repentinamente se desmenuaba de su ropaje de sombras, mostrando la masa oscura de los árboles, los cercos del camino y una que otra casa perdida en la llanura.

Gerónimo andaba y andaba como un poseído. Llegó así hasta las vías del ferrocarril.

— ¡SI!... — decía entre dientes. — ¡Haré aplastar esta cabeza de porquería que me sirve para nada!

Para cumplir su propósito eligió un puente que cruzaba un arroyo. Un relámpago le mostró las dos paralelas de metal que se perdían en las tinieblas. Era tan densa la lluvia que la noche parecía como rayada de hilos brillantes. Gerónimo, parado en mitad de la vía escuchaba los menores ruidos. Se entreveía un instante sintiendo el hálito de los perros y el mugido de las vacas. Luego, una raba sorda se apoderó de él. Se movía los labios citándose las uñas en las palmas de las manos. De pronto, el silbato de una locomotora anunció la proximidad de un tren. Gerónimo dio un grito y tirándose al suelo se aferró con fuerza a los rieles:

— ¡SI!... — gritaba. — ¡Me aplastará la cabeza!

Otra vez el sonido del silbato se disipó en el aire. Allí en la lejanía la luz de la máquina se veía y se hacía más grande y más roja a medida que avanzaba. Gerónimo, desde el suelo, contemplaba la luz, dando gritos. Pero en el momento decisivo se acordó, y tomándose de los travesaños que sostenían los rieles, dejó caer los pies en el vacío.

Y el tren pasó lanzando un reguero de chispas. Gerónimo tenía los ojos agrandados por el espanto. El ¡toc!... ¡toc!... ¡toc!... ¡toc!... ¡toc!... pesado de los vagones le parecía interminable. Algo horando y sin nombre le hacía dar alaridos. Un dolor agudo le punzaba las arterias. Cerró los ojos para huir de la tentación de dejarse caer al arroyo que corría bajo sus pies. Por fin, pasó el último vagón, y la luz del farol que llevaba el tren en la parte trasera se fué debilitando en las tinieblas.

Gerónimo hizo un esfuerzo y rodó en medio de la vía. Así quedó largo rato tirado, recibiendo sobre sus espaldas la lluvia que no dejaba de caer. Después amenazó con el puño hacia el cielo plomizo:

— ¡Malditos! ¡Por qué me han hecho de esta pasta!

Y empezó a sollozar dulcemente.

Abel RODRIGUEZ.



Panorama Educativo

**YA TENEMOS UN PAÍS DON-
DE EL GOBIERNO DE LA
ENSEÑANZA HA SIDO
CONFIADO A LOS
MAESTROS**

También los dictadores suelen tener corazonadas que, si bien no los redimen del pecado original de los poderes usurpados, tienen al menos la suerte de dejar vinculada su nombre a ciertas obras de magna trascendencia social.

La que acaba de tener el coronel Ibáñez para con el magisterio primario de Chile, al implantar la reforma radical de la enseñanza que éste auspiciaba, reforma por la cual el gobierno de la educación pasa a manos de los educacionistas, sin la intromisión de los políticos, es un hecho sorprendente que desconcierta la opinión de conservadores y revolucionarios.

En efecto, la Asociación General de Profesores es la única entidad orgánica constituida por unos siete mil maestros, que ha realizado una orientadora y fecunda labor social en las masas, abogando por la democratización funcional de la instrucción pública. Un idealismo pedagógico identificado con el movimiento de la nueva educación que viene transformando por la base los viejos planteles de enseñanza, y un "patriótico" anhelo (¿por qué no hemos de emplear en su cabal acepción esta palabra tan desmonetizada por los bribones?) de remediar los males remediables que sufre el pueblo chileno por culpa de las castas feudales que lo mantuvieron esclavo, fué la divisa espiritual que destacó a dicha asociación en medio a la chatura del ambiente político y a la domesticidad civil de la gran masa ciudadana.

Lo curioso del caso es que hasta ayer nombrar a los maestros de la Asociación en las altas esferas oficiales era como nombrar al Diablo en la sacristía. Tales maestros "antipatrióticos" "comunistas" y otros eran "antipatrióticos" a los cuales había que hacerlos vigilar con los carabineros, desterrarlos del país o mandarlos a la Isla de Mar Afuera.

Por una feliz casualidad tenemos en nuestro poder un telegrama publicado en el diario "La Nación", de esta capital, que tiene

todo el valor de un pintoresco documento histórico y que nos vacilamos en insertar para mejor ilustrar el criterio del lector.

HE AQUI EL TELEGRAMA—
(Especial de "La Nación")

SANTIAGO, 3.—Una circular publicada por la Comandancia de Carabineros ordena al cuerpo prohibir toda manifestación en los comicios; el uso de la bandera roja y que se lancen expresiones injuriosas al presidente de la república, fuerzas armadas y autoridades. Recomienda, además, que se denuncie a los preceptores que hagan propaganda subversiva; y agrega:

"Por eso recomiendo a los oficiales del cuerpo de Carabineros que no los oficiales del cuerpo de aquellos maestros malos que explotan pecuniariamente a la patria y conspiran a mansalva contra ella. Cuando se tome conocimiento de hechos semejantes se informará a la Comandancia General para hacerlo saber al personal del cuerpo que los profesores argentinos que han sido dados de baja del profesorado de su país por hacer campaña antipatriótica, han iniciado un viaje a Chile para continuar en nuestra patria la campaña que no los fué permitida hacer en la suya. No sólo por la defensa colectiva, sino por honrría y por delicadeza racial, no podemos permitir que Chile siga siendo tierra de promisión para los agitadores y los sin patria de los cuatro puntos del globo".

AHORA, BIEN—

Esto ocurría en la segunda fugaz presidencia del señor Alessandri y los "agitadores sin patria" a que alude el telegrama no eran otros que nuestro compañero Julio R. Marcos y el doctor Emilio Blagosch. Por una ironía de la suerte, el señor Alessandri ha sido medido con la misma vara que él mismo medía a los demás; y ya lo sabemos visto ir y venir que jumbrosos y pusilánimes del destierro a la presidencia y de la presidencia al destierro.

¿No es, pues, extraordinario lo que acaba de suceder ahora en Chile con esta

"volteadura" (para emplear una gráfica palabra de Gabriela Mistral) que acaba de sufrir el antiguo régimen escolar?

Digamos, en honor de la verdad, que de no ser ésta una histriónada política del dictador, ello significa colocar a Chile de un salto a la vanguardia de todos los pueblos de América en la marcha progresiva de la cultura pública.

Y digamos también, para honor de un magisterio que salva la reputación de su país, que esta victoria de la democracia sudamericana no le cuesta a los beneméritos educacionistas chilenos la más mínima elucidación.

Y ello se explica del modo siguiente: mientras aquí tenemos de moda sin ministro de Instrucción Pública que "comprenda" el problema de la enseñanza, Chile tiene dictadura, pero con un ministro que "entiende" el asunto, el cual ha teni-

do tiempo para dar un largo silencio. Confieso que el silencio cuando es cortor resulta una gracia, pero cuando es largo resulta un pecado. A todo pecado: misericordia. Pecado confesado: pecado perdonado. Amen.

Como te debo muchas cartas, voy a resumir en esta la historia de mis andanzas por estos mundos, desde que tú desahucias a la tierra natal. Mi rald consta de tres etapas. Francia, Italia y Suiza.

Primera etapa: Francia. París. Dificultades sin cuento. Barriga limpia y corazón alegre. Se ve que hay pasta de poeta. Cinco meses sin encontrar trabajo. ¿Te acuerdas de nuestro régimen vegetariano? Bueno: tras de ser vegetariano, tuve que reducirlo a cuatro veces por semana. Vivía fuera del almanaque. Fui adquiriendo, gradualmente, un aspecto físico que me prestaba toda la facha de un aeda filósofo o de un fraile proletario, de esos cuya sotana, color verdebotella, habla con elocuencia de cómo trata Dios algunas veces a sus más abnegados servidores.

El secretario en casa de aquel cubano limador y banquero que me presentó Maribona, se acabó muy pronto, porque el tipo se fué a veranear a San Juan de la Luz. Pero, luego, como yo debo tener una estrella que se estrella contra los secretarios, fui, nuevamente, el secretario de otro ejemplar guatemalteco, medio mal de la zozotea él, medio sabio y bohemio, quien me llevó como compañero de viaje a través de Francia, proporcionándome así, durante 30

do el talento de legalizar simplemente una aspiración de las masas, instrumentada técnicamente por los técnicos... y no por los profanos.

Esa y no otra es la interpretación que nosotros le damos al hecho inusitado que motiva este comentario.

La responsabilidad de gobernar la enseñanza deja de gravitar, con la citada reforma, sobre gentes irresponsables, como suelen ser los políticos sin ubicación, a quienes los cutrebaños de la dignidad de la cultura nacional. Esa responsabilidad gravitará en lo sucesivo sobre los maestros reformistas, a quienes les toca, a su vez, demostrar en los hechos que no eran meros críticos en blanco, sino versados y eficaces renovadores de esos viejos sistemas educativos, para los cuales Ellen Key pedía un diluvio pedagógico que no dejara piedra sobre piedra.

Impresiones de Europa

días, el placer de conocer la tierra de Larbaine, desde el cabo de Finisterre hasta la Cannebière Marseillesa, y desde los bordes del Rhin hasta el Arsenal de Rochefort; y me permito, de paso, reintegrar mi sistema alimenticio a las normas infrangibles del calendario. Finiquitado este secretariado como diría Font, gracias a Maribona, dí con otro: el del Club París Americano, Latine, garito y borrachera aristocrática del boulevard de la Magdalena. Te advierto que Maribona es una especie de pantera negra para conseguir secretariados. Mi estadía en el Club mejoró mi situación económica durante algún tiempo. Pero hete aquí que un día un farabute de socio se puso a gritar en la secretaría y yo lo mandé, naturalmente, al v. c. Intervención, trágica del director. Breves expresiones volterianas. Resultado: me pusieron de patitas en el boulevard...

Después de mi salida del Club, anduve mes y medio en "Tinieblas" o "Entre los Muertos", hasta que topé con un lusitano que tenía una casa de café molido a pocos pasos de l'Étoile, barrio de cuanto gacho platado y vacuado llega a París. El hombre necesitaba alguien que hablase español para entenderse con la clientela latinoamericana, y allí estuve yo despachando café durante quince días. Pero, habiéndome propuesto la dirección de "Tiempos Nuevos", dejé platado al cafetero. Mal negocio hice. Vino la primavera, o sea la suspensión del semanario, y me quedé colgado otra vez.

Terminado el ciclo de los secretariados, comenzó el ciclo de los proletariados. Con un muchacho porteño, Norry, entré como ayudante de empujador de habitaciones y como pintor al ropilón. Este muchacho, que es fotógrafo de profesión, ha debutado recientemente como pintor de retratos al óleo, con un éxito sorprendente. Como ves, en París todo es posible. Hoy no que a mí toda, te garantizo que, como ropilizador, soy una fiera. No en vano estuve más de un año al lado de Vigo.

Más tarde, para un librero del Boulevard de San Germán, y por encargo de un periodista de Guatemala, traduje del francés algunos poemas que la Biblia de los Indios Cackchiquiles y Xahil, texto de Vasseur, con notas del profesor Reynaud. Ese libro se llama ahora, por mi culpa, "Popol Vuh". Como te podrás imaginar, en cuestiones Cackchiquiles, modestia aparte, soy toda una autoridad. Si tienes alguna duda sobre la historia Cackchiquel, que te impida dormir, te ruego que me consultes con entera libertad.

Después, siempre en el terreno de las civilizaciones precolombianas, traduje el "Oficio de los Señores de Totonicapán". Total: 500 francos.

Los días se ennegrecieron nuevamente. Segunda edición de "Tineblas". Hasta que, medio desesperado ya, no sabiendo lo que hacer, me llegó la buena nueva de Dabini, nombrándome correspondiente en la ciudad del Rosario. Esto me remontó el espíritu. Caf, luego, enfermo. Dabini me mandó llamar para que fuera a pasar dos meses con él a Milán. De más está decirte que salí para la tierra del Duomo como un cuclilla de músico (la madama no muy asustada que digamos, pero te aseguro que expresa exactamente la velocidad fulminante de mi partida).

Segunda etapa. Milán. Vida macanuda. Tiempo magnífico. Hecho un baguete por los cuatro costados. (No lo divulgues entre los escritores de Boedo, porque me van a tomar rabia). Aprendí un poco de italiano. Conocí algunos tipos. Me hice una idea más exacta del fascismo, problema arduo y complejo, más peliagudo de lo que a primera vista parece. Lo único que me extrañó verdaderamente es que en Milán no supieran cómo se preparaban las milanesas con papas fritas.

Tercer etapa. Suiza. Llegado el momento de abandonar a Dabini, para regresar a París, me encontré con una carta de Marlboro quien se hallaba en Cuba, donde me anunciaba su nombramiento como periodista attaché a la Section Information de la Sociedad de las Naciones. Como tú sabes, Marlboro pinta y hace caricaturas. De cosas políticas me entiendo un popino y el popino no sabía lo que hacer con esa canonja (400 dólares por mes). Yo creo que ignoraba hasta la existencia de la Sociedad

de las Naciones. Por estas razones me pedía que me reuniera con él en Ginebra, donde me haría una propuesta ventajosa...

Tomo el tren. Atraveso el Simplón a una velocidad de 90 kilómetros por hora. Pero, antes de llegar a Berges, ¡záis!, se rompió un puente sobre un río de cuyo nombre no me acordaré más, por lo simple razón de que no sabía ni sé cómo se llama. Diez minutos más de adelanto en la ruptura del puente y yo no podría escribirte esta carta. Julepe mayusculo por brusca detención del convoy. Bueno, la compañía no traslada en automóvil hasta la otra punta de rieles. Viaje improvisado a través de Suiza, hasta Lausana. Una maravilla de paisaje que no me gusta nada. Paisaje a la gomina. Tipo Larco. Todo en orden. La casita blanca sobre la montaña coloradita, y el cambio de la piedrita coloradita, y no le gusta a Pedrito Miguelito Obligadito. Belleza de tarjeta postal. Olor a peluquería. Llegamos a Lausana. Recorri la ciudad, bastante linda, por cierto. Impresión rápida sobre los suizos: pueblo de lecherías y chocolateros. Una suerte de vascongada europea. Máxima para mí coleteo: los pueblos chicos no son como los pueblos grandes, porque son más chicos...

Después de atravesar el Este de Suiza, llegamos a la región de los lagos, y, por fin, a orillas del Lemán, Ginebra, la tierra de Juan Jacobo Rousseau, cuya estatua, elevada en medio de un islote que lleva el nombre del filósofo, apenas se puede distinguir a causa de estar totalmente cubierta por la hostia de las garvitas.

En la tierra de Ginebra me esperaba Marlboro. Fallecimiento repentino del sistema vegetarino. Dos meses en Ginebra, una ciudad limpia, tan limpia que dan ganas de sacarse los zapatos o escurrir en las veredas. Estuve en la VII asamblea anual de las Naciones. Presencio la entrada de Alemania en la persona de Stresemann, un alemán erizado de clavos que había escurrido plomo como una ametralladora. Escuché todos los discursos. Gran indigestión tribunicia. Briand es un hipocrita. Colado en la multitud al perorar los cinebrinos y los países de los tres periodistas por país, término medio), pude acercarme a ministros y embajadores. Hay cada burro como ministro, sobre todo entre los de la América del Sur, que no me explican bien todavía en la interferencia de los políticos. Al fin día te contaré cuanto vi, oí, deduje y sonagué en Ginebra, en ese tablado de la farsa internacional, al cual en los días memorables de Sacco y Vanzetti le rompió ron magistralmente los vidrios los periodistas y una mujer con una secretaria de la Sección de Información: lo más substancial de la conferencia.

Si hay algo digno de mención en Ginebra, es, sin duda, la Cocina Popular, donde

Marlboro y yo, y algunos periodistas, por cincuenta céntimos cada uno comíamos rudimentariamente tres platos. Lugar típico. Refugio de vagabundos y perseguidos de todos los países. Ha merecido un ateneo pódico de mi parte, que te mandaré en una carta próxima. Es una elegía donde se ahoga la dulce amargura de las radi chetas...

Trabajamos como bestias en la Sección de Información. Marlboro y yo hicimos el informe que debía presentar él, es decir, la comisión personal sobre la Sociedad y demás macanetas. Te pido, imaginar lo que salió. Terminado el trabajo, llamamos las pilchas y regresamos a Cuba.

Marlboro volvió a Cuba. Yo recibí la noticia de la galleta de "La Capital". Un mazazo en el cráneo. Otra vez a la "purée", como dicen por aquí. Retroceso inesperado al decálogo de Kuntz. (Con algunas traducciones y algunas copias a máquina, fui tirando, aunque difícilmente).

Me olvidaba consignar que, en la primera etapa parisién, fui director de "Tiempos Nuevos", cuando se logró darme a luz nuevamente. Estuve en él durante cinco números. Al poco tiempo, creo que al segundo número, al mal no recordo, se armó un tipo fenomenal por yo pertenecer a... ¡la Alianza Libertaria Argentina. Algunos grupos, acudidos por protestistas, empezaron a declararme una guerra feroz. Por último, me vino un coraje bárbaro y planté. Era imposible trabajar, sobre todo porque los grupos se iban poniendo cada vez más y más sobre dicha cosa. Yo empecé a mandar al canasto artículo tras artículo de los grupos opositores, no porque difiriesen de mi manera de pensar, sino porque aquello estaba plagado de eschelas plausiblemente perfectas. Cada vez que uno de esos artículos, que yo me he acordado en París porque una vez los leí en una reunión de grupos de la zona, provocando la hilaridad general, única manera de probarles de que no era animosidad de mi parte, sino falta de esos en los redactores, cada vez que uno de esos artículos, repito, iba al canasto: reusón extraordinaria de la comisión y pedido máximo de explicaciones. Era el colmo, y me cansé. La carencia de juicio de esa gente me resultaba intolerable. Recibí después una nota de la Prefectura del Sena, invitándome a quedarme "fate bobis", so pena de expulsión.

Yo continué todavía algún tiempo, hasta que vino un compañero de Barcelona, que no era aliancista ni protestista y se hizo cargo del diario. Después de los sucesos del rey Alfonso XIII, vino la "razzia". Con varios compañeros nos fuimos a Rouen, a

casa de un pintor amigo. Cuando pasó el furor, regresamos, salvándonos así de la deportación. Eso de venir a París para ver París y que después de gastar plata en pasajes lo deporten gratuitamente, me pareció al pésimo negocio.

Me he retirado actualmente de los grupos revolucionarios. De tarde en tarde, encuentro a algún compañero. El movimiento francés y español es un desastre. He visto cosas muy feas entre los revolucionarios franceses, hasta en aquellos por quienes hubiera puesto la cabeza en un tajo. El movimiento, en general, está plagado de espías. Los grupos se están muriendo y salvar los restos de un optimismo que creo y que conservo todavía, pero muy apagado, lo confieso. Quisiera creer, como antes, en muchas cosas, pero no puedo. He visto y he comprendido que si el movimiento continúa como hasta ahora está condenado a perecer, irremediablemente. La enorme mayoría de los militantes vive al margen del tiempo y de la historia. Hasta los llamados conspicuos se desprecian en el limbo de semejante ignorancia. Nadie estudia, nadie piensa, nadie opera. Todos avanzan, menos los avanzados. A lo sumo, se contentan con el barniz de cuatro libros teóricos de esos de la época de María Castaña, que las más de las veces han servido, naturalmente, para cerrarse en definitiva, y de una manera absoluta, la mollera. O con media docena de clásicos mentales, casi siempre falsos, con los cuales juzgan todo lo que cae bajo sus ojos. Quizás me equivoque, pero, si seguimos como hasta ahora con esa mentalidad de ganso y de batracio, incapaces de mirar como águilas el paisaje del mundo contemporáneo, vamos a terminar rápidamente en la comedia de la Liga de las Naciones, o vamos a ser arrollados por una nueva mentalidad que no sea ni socialista ni anarquista, que que responda a las necesidades del momento.

Perdóname esta derivación. Sigo mi relato.

De regreso a París, pues, comienzo a dar tumbos. Marcho hacia la bancarrota económica. De pronto, ¡záis!, ¡otro secretariado! El cónsul argentino en Bourg andaba a la pesca de un secretario particular. Me encuentra. Lo encuentro. Nos encontramos, y aquí me finés en este puerto hitleriano tres, firmando pasaportes y despachando barcos que van a la Argentina.

My puesto es extraordinario. Yo no pertenecí a la carrera. Soy un empleado del cónsul y no del gobierno. De este último no puedo serlo, por tres razones: por que jamás me he llevado de acuerdo yo con ningún gobierno y porque soy... uruguayo. En fin: finis historiae...



BIBLIOGRAFIA



"LOS BESTIAS", por Abel Rodríguez

Un médico argentino decía que había dos clases de enfermedades. Las que se curan y las que no se curan. Las que se curan: se curan solas. Y las que no se curan: no las cura nadie. Algo parecido ocurre en la literatura. Eso que la llama "encontrarse" y que es la piedra de toque de todos los valores intelectuales, ofrece, para nosotros, las mismas alternativas de la enfermedad. El que tiene que encontrarse: se encuentra solo. Y el que no: no lo encuentra nadie. Se pierde por culpa propia. La crítica, muchas veces, se empeña en corregir defectos que por lo común o son defectos que el propio autor corrige a través del tiempo o son defectos de nacimiento contra los cuales se estrellan todos los consejos. Casi, casi, antes de empezar a trabajar, estamos por confesar la inutilidad de nuestro trabajo. Porque los consejos que se le pueden dar a un autor, para que le hagan provecho, es menester que el autor se halle en condiciones de recibirlos. Y sabemos por experiencia que el hombre se halla en condiciones de recibir consejos, recién, a una edad en que ya no los necesita. Hemos dicho que la experiencia es un fenómeno exclusivamente personal. Y que la experiencia de los otros es de los otros y solamente a ellos aprovecha. Señalar el error después que se ha cometido, más que función crítica, es una función policial. El que se equivoca, no se equivoca por amor a la mentira, sino porque desconoce la verdad. El conocimiento de sí mismo no es una operación del prójimo. Nadie sabe lo que pasa en el fondo de cada uno, y si el interesado no trata de despejar el caos, la incógnita permanecerá indefinidamente en las tinieblas. La tarea de encontrarse a sí mismo es la más terrible de todas las operaciones.

La crítica debía ser naturalmente preventiva. El autor ganaría más si sometiera su libro a la crítica, antes, que después de imprimirlo. Lo debía leer en público, como hacía Tolstoi, en diferentes agrupaciones, de distintas culturas. Tolstoi leía sus novelas del mismo a los campesinos y atendía seriamente las objeciones que se le hacían. Pero ya estamos entrando en el terreno de los consejos.

Digamos unas cuantas palabras sobre el libro de Abel Rodríguez. No vamos nosotros

a criticarlo. Es un libro bueno. Más bueno todavía por ser el primero. Se ve que el autor ha luchado durante mucho tiempo consigo mismo antes de parirlo. Probablemente, hizo lo que nosotros apuntamos como excelentemente medido: lo leyó aquí y allí, lo corrigió, lo volvió a leer y lo volvió a corregir, hasta darle una forma correcta. No regir, hasta darle una forma correcta. No regir, hasta darle una forma correcta. No regir, hasta darle una forma correcta. Este singular vagido, aunque no pasa nunca de ser un "gritito", produce, no obstante, un gran alboroto dentro del hogar, y se le festeja siempre como si fuera un acontecimiento digno de figurar en la historia. Pero, la verdad es que el acontecimiento es un sólo un acontecimiento de familia. Tratándose de un libro: un acontecimiento en la capilla literaria a la cual pertenece el infante. En el primer libro se nota siempre más afán de pulirlo que de producirlo. Por eso, a menudo, aparece procedido con un "tratamiento" (el héroe) o con una "prolongación", donde se relatan las "axaxías" del "desfascador de entuertos y desaguisados".

Pero esto no reza, sin duda, para el libro de Abel Rodríguez. Se admite que la muchacha estuvo durante mucho tiempo afinando su instrumento antes de ponerse a tocar la primera pieza. No incurrió, entonces, en las aberraciones inherentes a los primeros partos del espíritu. Suponemos que Abel Rodríguez cuenta ya con más de treinta años. Porque difícilmente, antes de esta edad, puede hacerse nada sólido y orgánico, aunque se registren algunos casos que demuestren lo contrario. Por un Dostoyewski que viola la regla, hay cien Gorki que la confirman. Creemos, sin embargo, que el autor no debía publicar ningún libro hasta que no cumpliera la mayoría de edad intelectual. O sea, los treinta años. Entretanto, se le podría someter a una especie de conscripción en los diarios respetados, primero; después, en los diarios matutinos. El periodismo es la escuela preparatoria de la literatura. Pero, ofrece el peligro de que si no se sale a tiempo, allí se queda. Lo que es un bien como principio resulta un mal como sistema. El periodismo disciplina a los escritores, pero, para los que acaban los embrutece. Quizá Abel Rodríguez hizo ya la conscripción en algún diario. Y, probablemente, se encuentra ahora en edad de abandonar.

Su estilo es limpio y lino. Por momentos, crudo y valiente. Por momentos, elegante

Conoce bien la arquitectura del cuento. Los asuntos que trata son temas de bajo fondo y apasionado. Nunca es falso ni retorcido. Los hombres que pinta son, como el título de la obra lo anticipa, bestias. Bestias de carga o de alquiler. Varones o mujeres, con pelos largos o con pelos cortos, pero siempre bestias. Aunque está enterado de las cuestiones sociales, no blasfema ni pontifica. El hecho de haber palpado las injusticias sociales no nos autoriza a perseguir a los demás como ellos anticipadamente nos persigieron a nosotros. Sostenemos que las consecuencias de una obra de imaginación no las debe sacar el autor, sino el lector. Más efectiva que la indignación del novelista es la indignación del que lee la novela.

Digamos, en resumen, que con este primer libro Abel Rodríguez se incorpora de manera definitiva a nuestra flamante república de las letras.

"VERSOS DE UNA...", por Clara Beter

Clara Beter

Penáblemente dedicarle un capítulo especial a este libro de versos que firma una prostituta. Pero, circunstancialmente, no hemos enterado que Clara Beter no es una mujer, sino un varón. La presenta autor que según nos informan mantuvo magistral "menor" el andrógino hasta la fecha, burlando la buena fe de todas las personas que entervinieron para que su libro se publicara, en cuanto se abrió el concurso municipal (primer premio: 5.000 pesos; segundo premio: 3.000; tercer premio: 2.000) rompió la presencia de su conducta espiritual y se limitó al certamen con el nombre de una mujer, que, probablemente, tampoco ese es el suyo. De cualquier manera que sea, lamentamos que la prostituta haya resultado, al fin, un prostituido...

"DESVENTURADOS", por J. I. Cendoya

Cendoya

Juan I. Cendoya es un muchacho humilde. Posee, por lo menos, la sencillez de las personas humildes. Su voz es un poco apagada, pero está llena de mansedumbre y de ternura. Lo más sobresaliente de su libro es la emoción. A veces, el llanto. Su estilo es un estilo primitivo. No ofrece las complicaciones horrosas de los narradores modernos.

Nosotros amamos la sencillez. Creemos que es la virtud cardinal de todo hombre

que piensa con serenidad. La sencillez y naturalidad. Discrepamos con toda esa filange de jóvenes desorbitados que emplean palabras abstrusas, vulgarmente llamadas "palabras sifilíticas". O que se crean un léxico embrollado, recargado de esdrújulas y sobreesdrújulas, espeje de palabras de las pías donde se ensarta la inocencia de los cerebros equilibrados. También discrepamos con esa adverbial viciosa y cálida que se reparte a la marchanta sobre las cosas y los sujetos sin hallar nunca la calificación adecuada. Digamos que si un autor analiza una palabra por palabra, todas las palabras que escribe, no escribiría tantas palabras. Ordinariamente, el autor se atiene más al ruido del término que al significado. Se confunde música y literatura. Nosotros creemos que el que tiene algo que decir lo dice con claridad primera. Después, con la menor cantidad de palabras y con los términos más usuales y precisos del idioma. Se nos asegura que de las cuarenta mil palabras del idioma se trata mil no se usan. Y se nos asegura, también, que hay muchos escritores que eliminan las diez mil que se usan y escriben con las restantes. El idioma, que es una cosa viva, pasa a ser, de esta manera, una cosa muerta.

El estilo de Cendoya tiene las características que a nosotros tanto nos agradan. No es, sin embargo, un estilo limpo como el de Abel Rodríguez. Cendoya todavía necesita despojar de cierto lastre de adjetivos innecesarios, tributo que hemos rendido todos a la literatura decimonónica de la generación pretérita, con la cual amamos los de ahora nuestras primeras aspiraciones.

Sospechamos que esto lo conseguirá fácilmente, merced a que ya consiguió bastante por ser "Desventurados" su primer libro.

No lo vamos a aconsejar nada por las razones que apuntamos más arriba. Además, se nos ocurre que Cendoya no está en edad de ser aconsejado, ni tampoco nosotros hemos llegado todavía a la edad de dar consejos. La experiencia — la suya y la nuestra — le indicará todo lo que nosotros ahora nos guardamos en el tintero.

El que trabaja infatigablemente y administra bien su tiempo, tarde o temprano consigue lo que se propone.

Otra cosa que merece señalarse en el libro de Cendoya es la orientación, cosa que omitimos al ocuparnos del libro de Rodríguez. Por lo regular, los escritores primitivos carecen de orientación literaria. Mejor dicho: de temperamento. Porque la falta de orientación responde siempre a la falta de temperamento artístico. O a la carencia de instituto literario. La desorientación revela comúnmente una vocación fallida. Esos que empiezan a errar por todos los campos de la literatura terminan por hacerse un ovillo estético en la cabeza, en el

el caso, a la postre, ellos mismos, trágicamente enredados. Llamamos orientación a esa especie de línea recta que siguen ciertos caracteres, indiscutiblemente privilegiados. Si analizamos la obra de los grandes escritores veremos la relación que existe entre sus primeros trabajos y los últimos y la unidad que reina en toda su producción. Nótese que aquel que nace derecho difícilmente se desvía, aunque a menudo se equivoque. Timón en el barco de sus propósitos contra viento y marea hasta sacarlo a flote y anclarlo en un puerto seguro. Un escritor desorientado, por más talento que posea, se malogra irremediablemente.

Señalemos, entonces, en el libro de Cendoya dos cualidades básicas: la orientación y la naturalidad.

Volvamos a repetir que lo demás no está en manos de la crítica, sino en manos del escritor.

"FORMA", revista de artes plásticas

Han llegado a nuestras manos varios números de esta revista que aparece en México, editada bajo el patrocinio de la secretaria de Educación Pública y la Universidad Nacional de educación por la Unión de una publicación autóctona. Trae algunos grabados en madera bastante interesantes. Conviene destacarla por ser el más alto exponente de la cultura plástica que hemos recibido de los demás países hermanos, hasta la fecha. Aunque "Forma" se ocupa casi

exclusivamente de artes plásticas, nos place comprobar que también se interesa por las demás cuestiones del espíritu. Es así que en el último número aparece, por separado, en una hoja, esta protesta: "La redacción de "Forma", revista a quien anima la más alta solidaridad del espíritu latinoamericano no, protesta, en nombre de los fueros del talento, por la prisión de los intelectuales cubanos, a quienes se acusa absurdamente de maquinaciones comunistas. No ignoramos las razones que han movido al gobierno de Cuba al grave paso de encarcelar a sus más distinguidos artistas, que por el hecho mismo de serlo, creemos si interesados en el bien social y político de su patria, pero agnos a conspiraciones bajas e injustas. Nuestra protesta concierne al sentimiento particular de los redactores de "Forma" y el muy hondo de todos los intelectuales mexicanos".

Muy bien. ¿No sería también justo, "en nombre de los fueros" de la vida humana, protestar por los "homicidios legales" que se están perpetrando día a día en el país donde "la totalidad de los artistas ha organizado por propia empresa una protesta colectiva por la prisión de los intelectuales cubanos"? ¿Acaso "la vida de un hombre aunque sea un general, no puede interesar tanto o más que la prisión de un artista?"

Por falta de espacio quedaron sin insertar colaboraciones de J. Torralvo, A. Yunque, G. Urrutia, O. Palazolo y E. L. Castro.

A LAS BIBLIOTECAS Y CENTROS CULTURALES

CIRCULAR DE LA BIBLIOTECA ANATOLE FRANCE

Compenetrados de la vitalidad de los problemas del actual momento, os invitamos a reflexionar sobre la agitación que actualmente se desarrolla en PRO DE LA LIBERTAD DE SIMON RADOWITSKY.

Hay veces que la conciencia de la justicia debe ser solicitada con más energía, no sólo por las clases que sufren sus consecuencias en carne propia, sino que hasta por todos aquellos que aunque pertenezcan a clases diferentes no dejan de sentir en ellos la idea de la justicia.

Es entonces que podemos hacer llegar a las muchedumbres, la impresión que produce en nuestra personalidad el fenómeno que nos preocupa.

El mundo, tuvo, hace muy poco tiempo, la demostración palpable de este fenómeno en el caso de SACCO Y VANZETTI y en la Argentina particularmente el caso de MARASCO. Hoy, nos hallamos frente a un hecho semejante; SIMON RADOWITSKY, el ejecutor de la justicia colectiva, sufre condena indefinida hace diez y ocho años, víctima de la aplicación de los métodos de nuestra "justicia... burguesa". El proletariado y la conciencia libre del país lo piden, porque es uno de sus hermanos y porque creen que su crimen está purgado con creces.

El pueblo clama por la libertad de SIMON RADOWITSKY y las bibliotecas y centros culturales no pueden ni deben permanecer al margen de este movimiento justiciero.

Con tal motivo os invitamos a enviar delegados a la reunión que se realizará el 29 de Noviembre a las 21 horas, en nuestro local, Bulevar 755, con el objeto de cambiar ideas sobre la organización de esta campaña.

LA ASOCIACION CULTURAL A. FRANCE.

Una película de paz

¡ABAJO LAS ARMAS!

La cinematografía, que también participa de las luchas y de los problemas que agitan en este momento a todos los hombres, acaba de producir una película de paz. Aunque la guerra europea —la más espantosa de todos los tiempos— ha terminado, esto no significa que haya terminado la guerra. La guerra, hoy por hoy, sigue siendo tan actual como en 1914. Un viento trágico de exterminio sopla constantemente sobre el universo. Mientras un pueblo deseara, el otro pelea. Sin embargo, no es con el fusil que produce la tierra. La humanidad reclama no "acción de guerra", sino "acción de tierra". A la paz le debemos todas las obras de construcción y de progreso. A la guerra, en cambio, le debemos todas las obras de destrucción y de retroceso. La guerra voltea lo que la paz edifica. En la paz nacen los hombres y en la guerra, mueren. Y la violencia no hace otra cosa que engendrar la violencia.

Para todos aquellos que amamos la vida de la especie humana, cualquier obra que tienda a mejorar la situación del mundo, nos llena el corazón de alegría y de optimismo. Por eso hemos visto con agrado que la cinematografía va dejando de ser muda y sorda a los grandes problemas que desgarran el espíritu y el cuerpo del hombre.

La Literatura humanista de la post-guerra tuvo la virtud de liquidar las viejas doctrinas que hacían radicar en el arbitraje internacional de los gobiernos la posibilidad de exterminar el morbo de la guerra. La paz armada, el arbitraje, es un contrasentido, como la guerra desarmada. Una nación que se arma, no se arma para promover la paz, sino la guerra. Aparte de que después de un conflicto entre varias naciones, viene, como consuelo, la revolución. Generalmente, la revolución pone fin a la guerra. Cada día el hombre va comprendiendo mejor la universalidad de sus designios. La guerra, que siempre se hace con fines de engrandecimiento particular, fomenta la ruina general de todos. Ya no hay vencidos ni vencedores. Hay tan sólo pueblos arruinados, como Bélgica y Alemania. Hay muertos y heridos y mutilados. Lo que no se consigue con el amor, menos se conseguirá con el odio.

Al furor insano de los guerreros, se opone la reflexión sensata de los pacíficos.

La película que nos ocupa viene a reafirmar nuestra tesis. Es una película intensa de paz. Se ha pasado en privado, ante un grupo de periodistas y escritores y todos hemos convenido en que debe trascender al público, para llevar a todas las clases sociales las lecciones emocionantes que se desprenden de sus escenas.

Tratemos de destacar sus valores. Esencialmente, tiene la importancia de que el drama no descansa sobre los hechos de la guerra en sí. El conflicto más hondo, más humano, estalla en un hogar, donde, aun durante los años del siniestro, la vida transcurre dentro de un marco de armonía serena y reconfortante. De esta manera, la obra, aparentemente menos doctrinaria, adquiere la fuerza de toda drama donde las razones entran por el lado del corazón.

En cuanto al valor doctrinario, a pesar de lo que acabamos de decir, constituye, sin embargo, la parte monumental de la película. Los títulos, confeccionados con pensamientos de los más grandes escritores, están dispuestos en tal forma que no parece sino que todo se hubiere hecho bajo la inspiración de su contenido. Presidiendo toda esta acertadísima organización del pensamiento universal, suena, a cada paso, como una campaña de paz, la palabra de Bertrando Russell.

"Basta sólo con amar y ya no sale ningún tiro."

Agréguese al valor de la fotografía y de la interpretación, una música adaptada magistralmente, a cuyo final los cantos obreros dominan el vigor épico de los acontecimientos y de los himnos marciales y tendremos algo semejante a la sacudida que produce la canción de los arrojados en "El barquero del Volga".

La fe que respira esta película es que el proletariado resolverá algún día con sus propios medios el problema de la guerra, al final, nos llena, como decimos, el corazón de alegría.

A. R.

Una película de paz

¡ABAJO LAS ARMAS!



Aquellos que no saben vivir en paz consigo mismos, no están
en condiciones de predicar la paz universal.